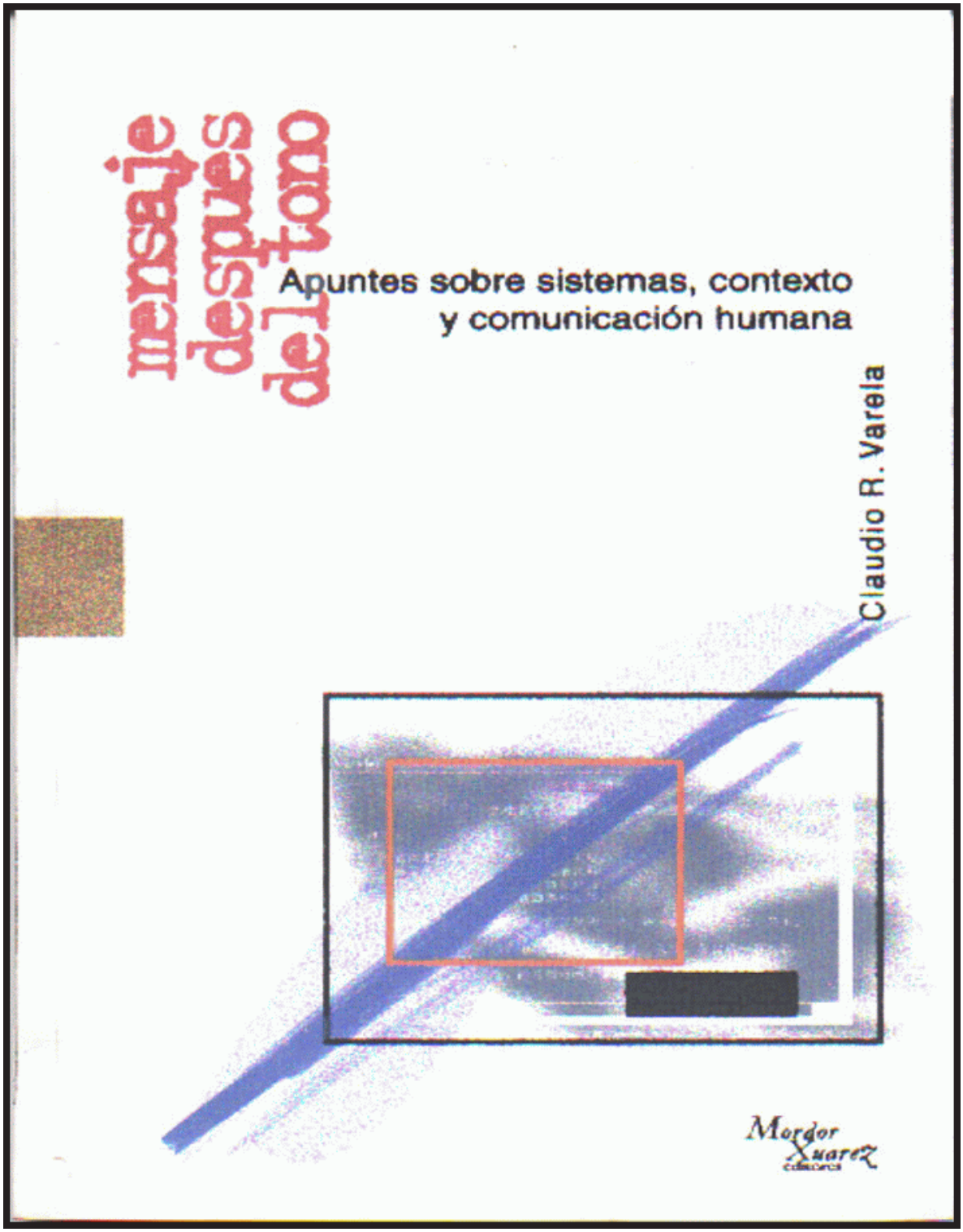
Un mensaje después del tono.

Apuntes sobre sistemas, contexto y comunicación humana

CLAUDIO R. VARELA



LIBROdot.com

http://www.librodot.com

Prólogo.

Este trabajo tiene por objetivo apuntar algunas reflexiones a la forma en que ciertas estructuras históricas y sus contenidos culturales, las formas de interrelación social o los sistemas de transmisión son capaces y en qué medida, de trazar condicionantes al fenómeno de la comunicación. Una comunicación que incluya la máquina no es para nada imposible, por otra parte, pero por esencia un diálogo fuera de los achaques humanos parece impensable, al menos hasta contemplar un diálogo puramente entre máquinas. No existe humanidad sin comunicación, no existe comunicación sin responsabilidad por lo que se dice, no existe comunicación sin deseo de comunicarse, y no hay manera de construir el conocimiento entre todos sin comunicación.

Si esos condicionantes existen, es una pregunta pues en qué medida somos concientes de ello. Si no existen y somos libres durante el acto de la comunicación, de dónde surge el problema de la soledad de las grandes ciudades, de la destrucción de las redes de solidaridad, de fenómenos irracionales de violencia o simplemente el olvido del otro como persona involucrada en mi (nuestro) destino.¿Instinto de muerte?

Pretendiendo ser una obra de origen reflexivo, rescataré los conceptos ajenos sin demasiada pretensión bibliográfica, aún sabiendo claramente que en esta parroquia rioplatense una página torturada de cifras y citas al pié resulta de mayor confiabilidad académica que el mero pensamiento. El desafío pues, es el de que lo apuntado tenga una coherencia interna que lo sostenga por sí mismo, más allá de las pocas indispensables notas.

1.El habla y la reconstitución del sentido.

De un modo u otro estamos hoy en día todos familiarizados por el esquema comunicacional básico que a mediados de siglo formularon Shannon y Weeber ligado al problema computacional. Se refiere a la existencia del esquema emisor-receptor, a la presencia de un canal, al ejercicio de un código, etc.

Toda una serie de pensadores de la comunicación, entre ellos Jakobson, Orrechioni, Jimenez y otros, más o menos acordes con la posibilidad en sí de establecer un esquema gráfico y bidimensional que permitiera ver la comunicación en sus huellas, pusieron con mayor o menor fervor, énfasis en sus limitaciones u omisiones; pecas que no podía dejar de tener, sólo ya a partir del hecho que tal esquema fue formulado como una manera de acercarse a los problemas de programación que Shannon y Weeber trataban por entonces de resolver. Así, del intento de extender hacia la realidad esa descripción del fenómeno de trasvasamiento de información entre dos sistemas a su supuesto equivalente, el acto comunicativo entre dos dialogantes, surgieron una abundancia de correcciones tendientes a humanizar ese esquema, arrancando desde la extensión del concepto de código, su negación, la inclusión de competencias del sujeto, la bifurcación de las competencias en subcompetencias y determinaciones de índole diversa, etc., que transformaron la límpida recta de Shannon y Weeber en una madeja de líneas y flechas que si acotan mejor la manifestación real del problema, en sí de casi infinitas posibilidades, empiezan a parecerse bastante a la mirada del sentido común ; vale decir, que cuanto más aportamos para mejorar el esquema, menos se parece a lo que pretende ser: un esquema simplificador, y más se parece a una lista descriptiva.

Desde un punto de vista de la consistencia [1] no puede haber -en términos kantianos- un conocimiento a priori y sintético al mismo tiempo, o en otras palabras, es imposible tratar de lograr una presentación formal de un fenómeno complejo, de límites borrosos y cargado de ambigüedad convencional. La comunicación humana lo es, tanto

como *in extremis*, el Universo físico lo es. Cuando por mor de una predictibilidad del fenómeno apelamos a la idealización de las condiciones del sistema, como por ejemplo cuando la Termodinámica supone ciclos ideales de transformación de calor en trabajo en un recipiente de aislación térmica ideal, logra sí, dar cuenta de una posibilidad futura bastante aproximada, pero lo hace al precio de descartar variables imposibles de integrar en su totalidad, que en último término no sabemos qué tan importantes son para el desarrollo del fenómeno, lo que precisamente no podemos saber porque no tenemos formas de integrarlas, so pena de no poder calcular nada.

El hecho es que en una máquina a vapor o en un motor de explosión, la curva de rendimiento térmico se parece *bastante* a lo que surge del cálculo, pero su área requiere en la práctica ser integrada con el planímetro para poder determinar el rendimiento real de esa máquina en esas condiciones. Todo técnico sabe eso. Si la máquina de vapor tuviera estados aleatorios que la hacen rendir menos o más, el problema sería directamente insoluble. En otras palabras, incluso en una situación elemental de cálculo predictivo dentro de condiciones esperables es necesario contrastar el resultado con la realidad para tener acceso a esa realidad; cuánto más entonces pudiera no tener un sentido más que deportivo tratar de acotar un fenómeno humano, a la vez perceptual y conceptual, conciente e inconciente, y más aún, como veremos, en términos de esquema. Cómo pues acceder a su semblante.

La ilusión enciclopédica conservaría su buena salud, según parece; en sus condiciones, descartada la aproximación formal a su imaginaria entelequia, o relevamos prolijamente cada ejemplar de la amazónica selva , calificamos cada órganos de esa rara flor a la sabia manera de Merleau Ponty respecto a la percepción, o asumimos involucrados, modestamente tratar de rescatar momentos, muestras o características significantes que suelen presentarse en el fenómeno comunicativo, aún al precio de poder ser acusados de no totalizadores, como un modo de tenerlo siquiera parcialmente enfrente de los ojos al tratar de comprenderlo; no preguntar qué es sino más bien cómo reconocerlo y qué hacer con él.

Pero la comprensión, en fútil objetividad decimonónica, no puede provenir desde fuera, porque el hecho de ser comprendido o no, me incluye en el fenómeno tanto como a la persona a la que me dirijo. Vale decir, me transformo en un actor que trata de comprender la obra en la que actúa. El problema no es menor, en tanto una muy consistente corriente de pensamiento académico que arranca más o menos del desmoronamiento intelectual de fines del siglo XIX, y que culmina con sólidas expresiones de finales del siglo XX apoyadas en la filosofía de la imagen, pretende justificar su minucia filosófica con la negación del objeto, con la pérdida del sentido, con la inutilidad del pensar, con... el fin de la Historia, etc.

El nihilismo vende. Un nihilismo justificado, ya que la filosofía no pasa por las academias desde la muerte de Kant. Para la construcción de la imago mundi de los últimos ciento cincuenta años tienen más trascendencia Verne, Marx y Freud que Husserl y S.Kierkegård. ¿Nos deslizamos muy fuera del objetivo de este texto si pensamos cuánto, usurpando el hallazgo de J.P Feinmann, tuvo que ver esta filosóficamente sacralizada 'ideología de la resignación' en muchos de los desastres del siglo anterior o más cercanamente, de la destrucción misma de la urdimbre social argentina?. Un Heidegger con la swastika en la solapa no es casual. Rescato una frase de Simone de Beauvoir : Los intelectuales nos dimos cuenta de la amenaza del nazismo recién cuando los tanques alemanes marchaban por Champs Eliseés.

A fines del siglo XIX la ruptura del paradigma burgués de la razón objetiva fue demasiado simultáneo y demasiado brutal como para no dejar sus huellas aún hoy, como que aún estamos juntando los pedazos. Afectó cada rama del pensamiento y de la ciencia institucionalizados, se reproduce en el arte, en la música, en la cosmovisión política; arranca con Darwin, sigue con Saussure, con Freud, con Einstein, con Cèzanne, Nietsche, Picasso. Una tranquila aprehensión objetiva de la realidad o su

misma existencia aparte de mí, será ya imposible. Mi mismo pensamiento es sospechoso de su subconciencia. ¿Puedo acaso pensar y que eso aporte, diga algo del mundo en que vivo? La confianza en la posibilidad del conocimiento siempre ha sido un acto de fidare, de fé.

Qué es lo que yo quiero decir ahora. Partamos de lo elemental: Si Dios ha muerto y el Universo es absurdo (Camus), puede no haber ligazón alguna entre los diversos fenómenos; no existe más regularidad que su aparición sincrónica (Jung) y no puedo decir que comprendo más que esta sincronicidad: el Sentido, pues, se me escapa; o bien, toda cosa del Universo está en evolución, accedo al Universo a través de las palabras (Baudrillard, Foucault...), que lo son en virtud de convenciones (Saussure) establecidas, por ende diacrónicamente perimidas o perimendas; por ende no puedo conocer el Universo; o bien, ser es ser percibido, si percibo por el universo mediático(Virillo), caigo en el reino de la metáfora (Mons), donde todo es apariencia y referencia secundaria de una referencia anterior; o en términos orteguianos, hay una realidad para cada punto de vista, ergo, mi visión es intransferible. La creencia es válida, y en apariencia opera: una parte del mundo construye su imaginario con la lectura fundamentalista del Apocalipsis de Juan e invade Medio Oriente; otra ve a occidente como la diabólica amenaza al sagrado Corán y se gloría en la muerte; otra parte pone su fé en el marketing y nos globaliza, y sectores enteros de ese mundo globalizado luchan desde la ecología del okupa, como si nada coherente pudiera mediar o extraerse de ese todo. Nosotros, finalmente, platones escandalizados, nos refugiamos en las prístinas Ideas o en su ausencia, añorando académicos una especie de universo Hollywood donde eternamente danza Fred Astaire, aunque no necesitemos, no obstante, absolutamente la racionalidad de los arcángeles para darle coherencia a nuestro mundo, basta con una lógica difusa que sintonice un poco nuestras perplejidades. La bala que me mata en el callejón o la piedra de la Intifada es perfectamente newtoniana, aún en un universo claramente relativista.

La metáfora no es gratuita; el modo más simple de escapar de la realidad y sus imperativos, es imaginarla muy arriba y muy lejos, negándola como objeto de conocimiento y comunicación. Así, pareciera a primera vista que toda esta parte del pensar del siglo veinte no fuera más que una árida meditación a orillas del río de Heráclito --descontando los entusiasmados sermones de Harvard y del Mit; en tanto que se nos escapa el hecho más obvio: Por qué para explicar que la Filosofía o la Literatura han muerto tengo que escribir un libro o proponer un seminario.

Dicho de otro modo, *afirmar la ausencia de la posibilidad de que aquello a lo cual tengo acceso posea una naturaleza cognoscible, implica mi conocimiento de la imposibilidad, mi caer en la cuenta de la naturaleza de la cosa y una afirmación que le impone un sentido único a todo aquello a que me refiero.* Es difícil que semejante contradicción pueda ser fácilmente pasada por alto si realmente se cree en lo que se está diciendo, como ya cuestionaba Aristóteles a Protágoras. Pues la ambigüedad es muy cómoda. Si no somos hipócritas, si pretendemos cobrar honorarios probando *more geométrico* --ya nadie cree en Spinoza-- que la puerta del aula no existe, lo menos que se espera de nosotros es que no salgamos por ella. En todo caso que nuestra “filosofía de profesores para profesores de filosofía”, al decir de Spengler[2], demuestra por el absurdo que incluso afirmar la imposibilidad de alcanzar un sentido, no hace más que testimoniar que hay algo capaz de ser descubierto, analizado, escrito, impreso en un libro y vendido.

Es decir, comunicado.

No hay manera de evadirse del hecho de que si digo algo de una cosa, doy por sentado que el sentido existe y yo hablo con él. Es connatural a la mente humana. Aún el mentir es una de las operaciones más refinadas de la mente: un ebrio no puede hacerlo, esto es, transmitir un mensaje intencionadamente falso para que el sentido reconstruído sea erróneo. La única lógica coherencia con negar la correspondencia entre

comunicación y sentido es el silencio; de ahí el silencio de tantas personas con problemas síquicos--nótese que claramente pervive dentro de ellos el principio de contradicción--que saben que nadie de su entorno es capaz de comprender. Las técnicas de interrogación tienden a establecer ese puente que le demuestra a la persona que alguien es capaz de reconstruir el sentido; y mismo el interrogador basa su esfuerzo en la certidumbre de que allí, en ese comunicar hay, aunque gobernado por leyes a veces propias, a veces más o menos decodificadas, un sentido latente: no otro que el que, aún mínimamente, establece en todo ser humano el principio de no-contradicción y el modo normal de percibir propio de su sociedad y de su tiempo. El sicótico en cambio percibe el mundo que se fantasea, el mundo que su propia mente percibe, proyectado como alucinación; puede decirse que construye su propio universo con su propio sentido, por eso lo que dice es indescifrable. De ahí la inutilidad de las palabras y de ahí nuestra angustia y nuestro temor frente a la persona que delira. Claramente tendemos a asociar normalidad con posibilidad de reconstitución del sentido, comunicación. Cualquier comunicación; un gesto o aún una mirada.

Sin embargo, que yo esté hablando con alguien, y que este alguien esté escuchándome es un acto de voluntad. Un imperativo social que aún escasamente permanece, pasa por atender a la persona que nos hace una pregunta, aún cuando en ciertos países y grupos sociales esto no es así, sobre todo si uno no refleja un dominio especial de la lengua del país, como ocurre en Francia, Catalunia o Alemania. Porque es claro que el no dominio de mi lengua (o mi raza o el color de mi piel) implica que *ese* no pertenece a mi importante grupo, así, un insignificante extranjero nada tiene que decirme de importancia, nada tiene que *signi*-ficarme, porque, más allá de nuestros supuestos no-prejuicios y hechas todas las salvedades democráticas y políticamente correctas, en realidad sólo dialogo con el hombre que es socialmente mi igual, solicito la audiencia del que es superior y respondo al que es mi inferior, aunque con los tres me comunico. No me importa lo que dice el de abajo aunque condesciendo a responder (la iniciativa comunicacional es casi siempre del otro). Cuando alguien me pregunta o cuando yo pregunto a otro, lo que estoy reconociendo en el otro es la capacidad de significación, la capacidad de crear signo o llevarlo, es decir, de transmitir sentido. Que yo solicite audiencia, o pague una entrada, implica que yo le importo en función, no sabemos cuáles, de los intereses del otro. Si él pidiera reunirse conmigo sería a la inversa: *¿Qué es lo que quiere este hombre de mí?*

Es sugestivo que si en la calle el hombrecito oscuro de ropas sucias me habla, o de improviso me contesta con una prosa elegante y culta me asombro, y lo escucho de otro modo; le presto atención, le reconozco capacidad de transmitir sentido como a mi igual, a quien exijo y doy por descontado que ansía transmitir sentido (“decir la justa”) y que puedo reconstruirlo (“ estoy o no estoy de acuerdo”) o poner (“dice pavadas, delira, no hace más que fingir”) en cuestión su aptitud o voluntad comunicacional. La idea, en cambio, de que se pueda poner en cuestión o preguntar por el sentido a alguien al que se ha pedido audiencia o pagado una entrada, se tiene por autoridad, en otras palabras; es ligeramente anómala. Por eso es tan inusual gente como Pasteur, Galileo o Martín Lutero. Lo usual o lo normal, si se quiere, es una predisposición de hondas raíces infantiles, a admitir en el superior la posibilidad de poseer un conocimiento de una naturaleza diferente, que no es inconciliable con el delirio; la Historia está llena de ejemplos de ello: No olvidemos que originalmente tener genio era estar poseído. De ahí que los líderes de las sectas tengan tanta capacidad de seducción con el uso apropiado del sin sentido, y que el hombre medio no se pregunte por la honestidad o coherencia discursiva de un político, un jefe de cátedra o un locutor de televisión. Cuando el mensaje viene de arriba (papá), tiendo a no cuestionar la naturaleza del discurso, sino que tiendo a cuestionarme, en todo caso, mi propia capacidad de comprensión, es decir de reconstruir el sentido. Cuando envío el mensaje hacia abajo (el Otro; mi hijo), no me cuestiono nunca mi capacidad de significar, y sí la capacidad del otro de decodificarme.

No hace falta desenterrar a Lacan para darse cuenta que nuestro modo de ser en la comunicación no es más que un reflejo de nuestro previo modo de ser frente a los demás.

Huxley (*Contrapunto*) aconsejaba imaginarnos al conferenciante fuera de la tarima y tomando un baño de asiento ¿Tiene lo que dice la misma entidad? Tal vez no. Lo que hemos hecho es bajarlo de la tarima para ponerlo a nuestra altura, de modo que empiecen a funcionar nuevamente los mecanismos críticos de ensayo y puesta a prueba que empleamos en la comunicación con todos nuestros iguales. Esa es la razón por la cual las Revoluciones abolieron el uso exterior de los signos de nobleza. En nuestros medios masivos o en nuestra sociedad de hoy en general, el signo de nobleza, el signo de ser una autoridad, viene a ser la posesión o no del micrófono. Nunca el que carece del micrófono podrá decir, ni siquiera físicamente, algo capaz de contrabalancear lo que diga el que tiene abierto el micrófono o no lo suelta de la mano. Pasar el micrófono es abrogar de mi posibilidad de imponer un sentido.

2.La persona con la que dialogo.

Acercar algunas referencias al problema de la reconstitución del sentido y a la cuestión de cómo éste se vincula en cuanto posibilidad con el tipo de relación que tengo con mi interlocutor, nos permite ir visualizando un segundo tema, que es que no hay un único propósito de comunicación, ni un único motivo; ni acaso puede estar claro que la finalidad del diálogo entre dos personas sea el diálogo en sí y no otra cosa, que tal vez no se encuentra en la conversación mismo sino en el entorno o en las condiciones de satisfacción de inquietudes que el diálogo crea. No nos aleja demasiado del objeto de este trabajo darnos cuenta que muchas veces dos personas dialogan de cosas que no les interesan por el sólo motivo de quebrar el silencio que la casualidad les impuso. Qué sería lo intolerable del silencio. Nada. Lo intolerable es el silencio compartido, incluso con un desconocido. Puede ocurrir de hecho que yo sí dialogue con un desconocido de un tema que sí me interesa, un tema de mi afición o aspectos de mi vida que deseo transmitir, a la manera de un reportaje, pero no es muy frecuente.

Básicamente podríamos, no obstante, decir que no puedo dialogar sino es con mi igual; porque la idea primera del dialogar es la idea del dos, y junto con ella, la idea del pensar como logos, *palabras*, la idea del *significar*, que no es otra que la del ponerle nombre a las cosas. Definir una situación, transmitírsela a mi interlocutor mediante quizá una compleja perífrasis para cuya construcción requiero de la ayuda y las preguntas del otro, no es al final más que *nominarla*; pero para ello tengo en primer lugar que reconocer en el otro la posibilidad del pensar en común, del conocimiento como constructo antes que revelación, y requisito de ello es menos el problema palabréjico que del idioma de las experiencias comunes; de ahí el descrédito del Sócrates histórico y su pirotecnia represiva y antisocial, al transformar la dialéctica, originalmente un modo de construir sentido entre dos, a un modo de destrucción y lucimiento profundamente autoritario.[3] *"¿Qué es el tiempo?"* , se pregunta Agustín. *"Lo sé cuando no me lo preguntan"*.

En todo caso que la cuestión del habla se iguala o tal vez se subsume a la cuestión de la capacidad de compartir situaciones, emociones, y aspectos existenciales cuya verbalización podemos imaginar relativamente dificultosa. De la jerga profesional, del plano Monge que comparten un chino y un canadiense sin entenderse una sola palabra en común[4], pasamos al mismo nivel de reconocimiento recíproco que de la misa en latín, del idiolecto barrial o de los cantos de las hinchadas.

Quiero decir que entre un viejo brasileño y un viejo argentino es muy probable que el diálogo sea más fácil, más real y más profundo que el de cada uno de ellos con un joven de su propio país e idioma. Entre los primeros una mirada, algunos gestos, alguna palabra en medialengua les dicen recíprocamente más cosas que en el segundo caso una marea de palabras.

En el acto del gesto (i.e.lenguaje) compartido tiene así lugar el fenómeno del reconocimiento del otro, la confirmación por parte del otro que yo estoy aquí, que es quizá el carozo central de toda experiencia humana de comunicación, la confirmación de pertenencia.

Porque, cómo puedo yo, hombre, saber que individualmente, con mi nombre o apodo existo, si previamente no soy reconocido como el portador de mi pasado; si yo no reactualizo que soy el mismo, "que los años no me han cambiado", si yo no lo demuestro en el constante peloteo conversacional que boceta mi configuración personal de valores, sentido, experiencias comunes y la valoración de éstas como tiempo común de ambos. Así, el diálogo como campo de juego es también un modo de puesta en juego de la identidad, que yo soy el que aquí está, y no otro.

Para que eso ocurra deben haberme previamente conocido. De qué modo pude yo establecer ese puente si no es a través del habla que trata de dar a luz mi entorno interior, que lo muestra, lo expone, con mayor o menor delicadeza de acuerdo a los parámetros sociales del tiempo o del grupo; sin duda que casi de ningún otro modo. Las experiencias comunes pueden brindar comunidad o compañerismo, y los temas referenciales pueden dar excelentes charlas o negociaciones; pero sólo la puesta en juego de la identidad puede establecer el diálogo, el pensar común que nos construye a ambos. El ejemplo más claro es cuando en una pareja que ha hecho el amor durante un tiempo, uno de los dos dice "realmente siento que no te conozco", por lo común a partir de una charla o de una acción que revela del otro facetas que en la fragmentación del solo erotismo o del solo deporte habían permanecido solapadas. Es este uno de los malentendidos más grandes. *Confundimos la intensidad de la experiencia compartida, con la totalidad del otro, y esto porque por complejos caminos de nuestra propia construcción interior necesitamos hallar encarnado en algún ser aquello particular que nos falta, y que en el fondo es sólo parte del otro. Hay bastante inmadurez en esa idealización proyectiva, pero no menos la hay en satisfacerse con parte del otro.* La decepción del fanático que conoce en persona a su estrella de cine favorita es bastante reveladora; tanto como la actitud del ídolo que necesita del fanático que no conoce en persona: No necesito al otro sino a su adoración; y esto por la sencilla razón de que si imagino que está afuera aquello que me falta no tengo que esforzarme en encontrarlo dentro de mí, sea la decisión, la seguridad, o por continuar el ejemplo, la autovaloración prostética que el desconocido fanático me aporta.

Si yo, pues, no necesito del otro no necesito el diálogo; pero este solipsismo conlleva el riesgo de la alienación. La mente propia es siempre muy hábil para construir argumentaciones que justifiquen nuestro propio punto de vista, nuestras propias flaquezas, nuestros achaques y defectos.Justamente esta es la razón que tantos enajenados se las arreglen perfectamente bien a solas: Nadie hay que ponga en cuestión mi punto de vista. Me siento seguro y a salvo de la amenaza del cambio y del cuestionamiento del otro. Entonces si charlo, enmascaro mi punto de vista, es decir, escondo mi identidad. De ahí que una persona incapaz de mostrar su identidad es incapaz del diálogo franco.

Lo curioso es que lejos de esa soñada seguridad interior, la persona aislada es la más fácil de persuadir por los medios indirectos de publicidad y propaganda; por la sencilla razón de que los mensajes del márketing están específicamente diseñados para no trabajar sobre el pensamiento conciente, en tanto que el diálogo no tiene otro modo posible de existencia que la metáfora y el pensamiento racional conscientes; el diálogo nos obliga al ejercicio de unas racionalidad y retórica intuitivas. Nada raro es que la

cultura actual fomente el aislacionismo de los seres; basta observar que la publicidad vista de a dos suele mover a risa, y vista en soledad despierta resortes internos que apenas sabemos que tenemos dentro.

Entonces si ponemos juntas las piezas de este mosaico que engloba tanto un entorno comunicacional codificado y funcional, una puesta en juego identitaria, mis propios contenidos acaso oníricos o de fantaseo, cuanto a mí mismo como sujeto de consumo comunicacional institucional, por mor de la publicidad o de la idealización, un deseo íntimo me lleva a querer conocer o tener al lado un tipo de persona en particular, no cualquiera. La clave del diálogo de conocimiento entre dos personas es que cumple pues una función de exploración y seducción. Para lo que yo crea necesario quiero esa persona cerca de mí, y no hay otro modo que esté cerca de mí que el que quiera ella tenerme cerca. La forma de lograrlo es identificándome con aquello que la otra persona considera valioso, o más bien, lo que yo quisiera que esa persona considerara valioso; y esto es lo que, como cualquiera puede observar, hace que uno adopte un modo particular de lenguaje tanto corporal como verbal y tonal, por lo común algo distinto del verdaderamente de uno.

El lenguaje de exploración y seducción perfecciona y como que pule el lenguaje de la tribu a la que pertenezco, y el margen que lo separa de la hipocresía es bastante delgado. Por otro lado, un traje no deja de ser un disfraz, pero no es lo mismo que disfrazarse de sacerdote o policía. En el último caso estoy estableciendo una identidad deliberadamente falsa; en el primero, con el traje de calle demuestro no sólo mi dominio de los códigos tribales, sino que en la trivialidad de los mismos pongo en evidencia la posibilidad de trascenderlos. En otras palabras, no es más que una forma elegante de mostrar mi desnudez. De ahí que el lenguaje de exploración, aún no siendo el mío, tiene un componente de identidad que me representa, porque claramente quiero ser conocido por mí mismo.

En esta circunstancia el lugar en que se dialoga no sólo no es indiferente, sino que es un elemento casi definitorio de la posibilidad de la comunicación. No es lo mismo el líving de una casa que una ruidosa pizzería, que un íntimo pub; tanto que por lo común dice más de la situación que la conversación misma. Acota el tipo de diálogo posible porque acota al mismo tiempo el nivel de ruido aceptable, dicho esto con premeditada ambigüedad. La mayor o menor privacidad del encuentro define también los límites sicológicos del tipo de comunicación. Elegir un lugar es por lo común elegir un tipo de comunicación. Delimita la posibilidad de lenguaje, delimita la posibilidad de respuesta e, increíblemente, la altura o volumen de voz que debe emplearse para decir las cosas; la experiencia de tener que hablar a los gritos a una persona sorda es un buen ejemplo, o tratando de imponerse al ruido de la calle. Requiero frases cortas, brevísimas, entonadas con gran claridad de elocución. Ello implica un tipo de conceptualización elemental y sencilla que tiende a excluir los parónimos, las palabras inusuales y los pensamientos complejos, que requieren períodos largos; ocurriendo así una pérdida de la capacidad de definición, y una puesta de las cosas en blanco y negro que es típicamente el motivador de las violentas discusiones. Es muy conocida al respecto la elaboración que los griegos hacían del tipo de discurso “demagógico” de Demóstenes respecto del modelo retórico “senatorial” de Isócrates. En el otro extremo, los ochenta decibeles de una discoteca, no ya con el aturdimiento mental que ellos implican, sino de antemano excluyen toda otra comunicación que no sea gestual, metafórica, y de alguna manera, primitivamente visual.

Esta presencia de lo visual o gestual, en términos generales, no puede deesde luego desestimarse. Representa como el portador de la atención del otro, la respuesta implícita que requiere el que habla de que el que lo escucha entiende, le interesa o no le interesa, está motivado, emocionado, etc. Dentro de cada sociedad los gestos de compartimiento forman parte de un proceso de realimentación que mantienen vivo el

discurso. Las personas incapaces del gesto visual-la mirada expresiva- o físico-movimientos de cuerpo o de cabeza- suelen imponernos una angustia que nos motiva a tratar de “llegar a que me entienda”, reexplicando lo dicho una y otra vez. No es casual que los terapeutas empleen el tono neutro. Al mismo tiempo que nos lanza a la sobreexplicación los deja al margen de toda valoración de la cosa que pudiera implicar callárnosla. La clave es que en la vida cotidiana el tono neutro desprovisto de reacciones gestuales brinda una postura cómoda que nos desliga absolutamente de toda opinión y de todo compromiso. Típica herramienta corporativa del telemarketing, es, en el fondo, un desprecio profundo por aquel que se tiene delante, su transformación en sujeto indiferenciado, una especie de sujeto producido en serie como trabajador, cliente o paciente.

3. El contexto comunicacional

De las líneas anteriores puede extraerse un concepto bastante capital en el fenómeno comunicativo, y es el de que ***el contexto es capaz de definir la qualitas de la información transmitida. Qualitas, esto es, el qué y el cómo del mensaje, o dicho de otro modo, la cual-idad y la calidad.*** Pongamos en funcionamiento el mecanismo Peirceiano de la observación abstractiva, e imaginemos la situación de un aula magna de una Universidad, en la que se da una conferencia. Lo primero que podemos notar es que el o los panelistas están solos frente a una multitud silenciosa. Así, si yo consiento ser parte de la multitud consiento en la actitud de silencio, de ir allí a callarme la boca y escuchar. Bien, entonces por qué le decimos conferencia. El término inglés Lecture parece más propio.

Qué pasa allí si yo me pongo a hablar o a pretender dialogar con la autoridad, y llamo autoridad a todo el que me habla desde la tarima, sepa o no, tenga idea o no del tema del que habla. Simple. Si esa es una reunión de prosélitos o fanáticos, no va a faltar un violento que me acalle a los gritos, me saquen a la fuerza o si todo está bien organizado, se llama a los de Seguridad.

Ley primera:

Toda información transmitida por una autoridad convocada por un grupo de poder es absolutamente "cierta", la multitud es garante de esa certeza por la aquiescencia de su silencio.

Toda violación de la actitud pasiva es socialmente vituperable y punible por la violencia.

En otras palabras, el contexto establece aquí una información vertical indubitable e incuestionable en términos de código social, en la que es menos importante la elucidación dialéctica de la verdad que la transmisión vertical en sí.

Establecida una multitud, el discurso debe ser necesariamente elemental, acorde a los conocimientos de menos que el promedio. Es, a su vez, verbal, apoyado en ritmos y modos propios de la medieval comunicación oral y la mnemotecnia, repeticiones y figuras retóricas bien conocidas, y tiende a producir un efecto.

¿Cuál es la importancia de una conferencia magna en términos de conocimiento? Ninguna. Nadie utiliza una conferencia magna para enseñar nada nuevo, porque no son esos los usos sociales, ni es esperable que cuestione a los organizadores que le pagan su discurso, ni al público que lo sigue. Qué otra cosa es esto sino tipo esperable de información.

Ley segunda:

El fenómeno de las reuniones masivas de audición de discursos no tiene por objeto la comunicación sino la repetición de un ritual con reglas conocidas por todos.

Diga lo que el individuo de la tarima diga no hay forma de establecer la certeza de lo que dice más que por haberla dicho antes o ser de conocimiento público. El uso habitual de las preguntas al finalizar la conferencia es la mejor prueba de ello. Si el autoritarismo es de buena calidad las preguntas se dan por escrito a una cortés asistente, y nadie puede saber, salvo el que la hizo, si esa pregunta es contestada o no, si esa es la pregunta que fué hecha o si es la respuesta que corresponde. No hay forma de contrabalancear por las preguntas el efecto de una retórica bien urdida. Sería en cambio muy simple establecer un diálogo con la gente solamente con entregar unas horas antes un papel o un folleto que contuviera de antemano el contenido general de la conferencia, y la reunión fuera para hacer preguntas en base a lo que fué escrito, y no en base a lo que la memoria recuerda que se dijo una hora y media antes. Pero los organizadores o la autoridad universitaria no pueden tener interés en ello, porque en realidad la clave de las conferencias magnas, --al igual que los plenarios y mitines políticos, afines en casi todo-- sin importar quién sea el que habla, ***es la tarima y el hombre que habla desde la tarima, es la multitud silenciosa y su silencio desde abajo de la tarima***. La conferencia magna es un ritual de actualización de la sumisión a la autoridad; que en todo caso es el Partido, la Iglesia, o la universidad misma y los hombres que la manejan, sean grupos de estudiantes, profesores o ascensoristas. Ese es verdaderamente el tipo de información que cada asistente recibe. Es más, es casi inconcebible la asistencia a esas aglomeraciones sin la predisposición o una clara conciencia de la sumisión a la autoridad, en forma más o menos conciente.

Los Romanos [5] lo sabían muy bien. Sólo se podía hablar desde los Rostra --la tarima del Foro; el Magistrado (de magis, el que es más que tú) sentado en la silla curul, y menos cortésmente, el pueblo silencioso de pié, votando por tribus. Nuestras sillas acolchadas disimulan mucho mejor que el hecho de estar parado ahí, el hecho de estar ahí debajo. No escapa a Crouzet, el historiador francés, el hecho que cuando uno está parado quiere también irse lo más rápido posible, que los griegos se reúnen sentados en el teatro, y habla todo aquel que quiere. Nada casual es pues que de las asambleas romanas salió la Ley, mientras que de las griegas surgió la Filosofía. Recordemos también que los romanos tuvieron que hacer una revolución--la de los decemviros--para que el Derecho se escribiera y cualquiera pudiera leerlo--es decir, analizado y discutido meditadamente. Porque el que me lee es mi igual, y tengo que dialogar con él, al decir de Unamuno--el gran rector de Salamanca--, el escritor tiene que ganarse a cada lector uno por uno, el dramaturgo que se ha ganado a un público se lo ha ganado a todos; sabe cómo lograr su silencio primero y su aplauso después.

La definición del ***contexto de comunicación*** es capaz de echar luz sobre todo un universo de motivaciones subyacentes que constituyen en el fondo el verdadero mensaje común, y la calidad o tipo esperable de información. El tema predefindo mantiene al conferenciante dentro de las cotas del pacto--afiches incluídos-- de aquello que puede hablar y cómo decirlo. No es esperable que se aparte del tema y cuente chistes obscenos, o que se dedique a escuchar las opiniones del público. El propio público no lo querría, porque va allí asumiendo que va a aprender, que el hombre sobre la tarima sabe mejor, es tal vez su ídolo, y como vimos anteriormente, eso precisamente lo imposibilita de pensar críticamente sobre aquello que se le dice. Si no comprende, sonrojado desconfía de sí mismo y nunca del hombre que habla; y se siente agradecido si el hombre de la tarima le responde la pregunta. Y esa respuesta, esa confirmación de que el hombrecito de la butaca existe es la recompensa por su sumisión. Que todo ello constituye un ritual bastante hipnótico puede verse en que al llegar a la casa o cuando charlamos en el café es que realmente nos damos cuenta de qué es lo que el hombre de

la tarima dijo. Y no es raro que, ofuscados, nos demos cuenta que nuestros amigos escucharon o entendieron otra cosa completamente distinta de la que nosotros entendimos.

Electrificado, el ritual de la magna comunicación, cuya contribución positiva única, según mi entender es en el rubro de la difusión, se extrapola casi sin otro cambio que en las puestas en escena, en los medios de difusión masiva. En los primeros tiempos, la radio inicialmente y la televisión después, son meros amplificadores masivos de las reuniones públicas de entretenimiento o propaganda fidei. En la Argentina las primeras emisiones de radio transmitían los espectáculos del Teatro Colón, y las primeras emisiones de televisión los discursos públicos del gobierno que la patrocinó en l952. Los medios forjan su estilo propio por medio del ensayo y el error, estilo hecho de una bien impostada familiaridad que hacen creer al desatento que tienen al locutor al lado, en la misma mesa, o que están mirando al animador parado cerquita, tal vez en la plaza donde juegan los niños; o que la talking head que lee las noticias es, después de todo, tan parecido al abogado o al médico personal que hablan de frente del otro lado del escritorio. La noción del mirar la cámara, tan destacado por Eco como impronta de la verosimilitud, es no otra que mirar -imposiblemente- al público del mismo modo que lo hacían ya los predicadores medievales y Demóstenes antes que ellos. La seriedad, los tonos de voz, la indumentaria, no son en conjunto más que sutiles correcciones, hechas acordes al poder de resolución del soporte electrónico, de los consejos de Cicerón y Quintiliano. La retórica funciona, como lo estudia Barthes, porque la mente funciona del mismo modo que en tiempos de Aristóteles.

El hecho peligroso y confundidor aquí, es que ***con la estructura básica de sumisión a la autoridad e imposición de sentido de la conferencia magna, los medios de difusión desarrollan casi el contexto de la comunicación personal, con su prevalencia de la afectividad,*** lo cual nos desarma. Si el conferenciante magno o el talking head imponen una distancia cuya verosimilitud se apoya precisamente en ella, o más bien en el escritorio o en la tarima, en su autoridad implícita omnisciente; mi rechazo hipotético a las autoridades establecidas me permite contestarlo. Pero cómo contestar a un locutor o periodista que sin duda me ama.Que es cálido, que me escucha si llamo a la radio. Yo sin duda le importo y confío en él, conozco su vida.Cómo contestar la buena fé de alguien que me quiere. Sin duda quiere lo mejor para mí, en el plano de lo que debo creer o qué cosas comprar.

Con un esfuerzo de análisis y distanciamiento puedo plantearme si las noticias de la CNN son malintencionadas o no, pero creo en Mónica o en Guillermo porque son cálidos y buenos, sin embargo que todos, Mónica, Guillermo o la CNN leen del mismo papel escrito por los administradores de la información. ***La necesidad de cierta "imagen" de acuerdo al target no surge de otra necesidad más que de establecer el vínculo personal y emocional con el espectador que asegure la verosimilitud: ser creíble.*** Elegimos -y ya esa elección constituye un hecho dialéctico- el medio masivo que complementa la percepción personal que tenemos del mundo en que vivimos; y esa percepción personal es a su vez una realimentación de lo que el medio nos dice que debemos mirar.[*]

*.Elegimos Crónica desde una imagen del mundo dominado, digamos, por la pobreza , el crimen y la violencia. El medio corrobora nuestra percepción; pero los titulares catástrofes para un remoto crimen pasional, no sólo construyen una realidad en la que todo es crimen, sino sugieren que nuestra vida está en peligro cotidiano, seguramente más de lo que en realidad se encuentra, determina en cierto sector social el culpable trivial de la delincuencia, tanto como que legitima y banaliza que la pasión termine en crimen, con lo que muy probablemente , el albañil cansado que lee ese diario camino a Hudson, a la primera infidelidad de su esposa él mismo termine matándola a puñaladas, y resulte titular de Crónica en un futuro no imposible. Esto, que parece salido de un cuento de Arlt se transforma en un hecho social cuando en una elección de autoridades ese albañil cansado elige a un candidato que sostiene o propone

una conducta de mano dura o gatillo fácil, porque su imagen de miedo sobre la realidad encuentra respuesta elemental en una violencia elemental, como la esperable de comisarios torturadores devenidos en candidatos a Intendente; de ahí que la forma de comunicación construya la percepción, que construye la realidad a la cual se responde frente a las elecciones que plantea el sistema.
Las "elecciones" a que nos referimos son el amplio, vastísimo abanico de la toma de decisiones. De votar a éste o aquel presidente de club, de participar o no, de comprar o no comprar, de contribuir o evadir. De la manera, en suma, en *que con cada una de nuestras acciones individuales damos forma al funcionamiento social.*

Es así que en este objetivo los medios han tomado de la comunicación interpersonal incluso el fragmento en que uno mira atentamente y en silencio a un amigo que nos cuenta algo, que confía en nosotros y espera que, dignos de esa confianza, seremos capaces de no defraudarlo.

Casi toda nuestra formación como individuos, nuestro proceso de socialización nos predispone para un momento como ese. Sociedad de megalópolis que genera marginados y solitarios en medio de multitudes, no podemos menos que sentir la ausencia de esos momentos de contención, y desde allí, estar desesperadamente bien predispuestos a creer que esa persona me habla a mí, aunque sepa que no es así. El autor recuerda su adolescencia y las voces cálidas y tranquilas que en la madrugada eran capaces de hacernos olvidar las tormentas anímicas de esos tiempos de crecimiento y dictaduras. Raro paliativo. Uno debe preguntarse si de no haber tenido ese escapismo, ese olvidar, la presencia obsesiva de los problemas no nos hubiera obligado a tratar de buscarles soluciones más allá de la fuga interior: buscar a las personas y su verdadera comunicación.

Es cierto que como la de consumidores de ciertas marcas, ser escuchas o espectadores de tal o cual programa constituye un requisito usual para poder establecer un diálogo con otra persona. En una sociedad de consumidores el márketing y su descubrimiento y generación de necesidades para provocar persuasivamente el consumo a cierto universo de discurso llamado target, es el encargado de proveer la construcción de la coherencia existencial fáctica, el sentido de todas las cosas, el lugar esperado para cada cosa que está en su lugar. ¿Cuál es la condición que ser espectadores de lo mismo nos agrega, más allá de la posibilidad fáctica de opinar en común? No lo sé, aunque puedo intuir que pasa por amar el mismo tipo de persona y puntos de vista. Pero es de pensar si esos puntos de vista estaban ahí antes de ser espectadores o escuchas de tal o cual personaje. Si así no es, porqué no pensar que lo que nos atrae de otro que es oyente de, es que compartimos en realidad la ausencia de las mismas cosas.

4. El sobre bajo la puerta.

El soporte más antiguo de la mediatización del mensaje es la memoria del otro. Como vemos siempre, todos los sistemas de la Historia de la humanidad reaparecen juntos e interactuando [6], acumulándose como las capas de lodo de un profundo lago sedimentario o las capas de nuestra misma corteza cerebral. Cuando repito el gesto de llamar a una persona, le digo algo referencial y extractado y le pido que la memorice para que se la transmita a otro, estoy repitiendo la actitud de los antiguos reyes y sus mensajeros. Si el mensajero llegaba con noticias felices se lo premiaba; si llegaba con noticias tristes, se lo ejecutaba. Es una forma de actuar interesante, de significado transparente. Resabio de antiquísimas creencias, sin duda--lo vemos sobre todo en los relatos semilegendarios de Herodoto--, ejecutar al portador de mensajes desagradables

sin duda no se refiere al buen o mal humor que esto provocaría. Claramente matar al mensajero es un intento de conjurar y eliminar la realidad que el mensajero anuncia, tanto como darle la bienvenida a la realidad feliz.¿Pero por qué al mensajero? Porque el mensajero trae la palabra, ***es*** la palabra, y la palabra es la que crea la realidad. La palabra es mágica, generadora, provocadora, solamente cuando, como un conjuro o una fórmula mágicas escritas o registradas por la memoria y el libro, es pronunciada, puesta en funcionamiento. El efecto a veces devastador tanto del rumor como del chisme vienen de ahí.

Pocas cosas tienen la capacidad monumental de fabricar una realidad como el rumor. El rumor de lo que viene, de lo que sucedería, es hoy en día aún capaz de levantar poblaciones enteras, barrios enteros. A quién puede ocurrírsele que un rumor que sabe todo el mundo puede no ser cierto. Un hombre puede ser mentiroso, mientras que el origen desconocido del rumor le garantiza la verosimilitud de las palabras que flotan en el aire y se transmiten boca oreja. Apuntemos solamente el proceso de deificación de una cantante de bailantas muerta en 1995. Todo empieza con el "Dicen que ..." Dicen que cura, dicen que ayuda, dicen que te resuelve... "Yo no sé, pero...

O recordemos que San Nicolás era un pueblo sin mayor relevancia hasta una supuesta aparición de la Virgen María que lo transforma en un lugar de peregrinación. Debió haber sido originalmente un fenómeno más bien privado. ¿Cómo pudo haber tenido tan enorme difusión? Sin duda los medios; pero en casos como esos uno vé siempre que cuando los medios llegan el lugar ya estaba previamente lleno de gente.

Marija Gimbutas y Mircea Eliade estudian los procesos de deificación y las epifanías; pero no recuerdo que hagan alusión a la capacidad constructiva de la realidad del anonimato del rumor. El rumor como palabra portadora de realidad es fuerte precisamente porque es de origen desconocido. Se entronca bastante con la Revelación, y como ella, forma parte de los procesos de develamiento de una realidad preexistente, oscura. En efecto, Dios no puede revelar si primero no es inventado para que cree el Universo. Mi realidad tiene sentido pues solamente a partir de la revelación a un druída o profeta, de una realidad lejos de mí, más atrás, (o más adelante) dentro de un curso de cosas entre las cuales mi vida personal queda incluída. El profeta, el transmisor o el mensajero, son exactamente lo mismo; son los portadores provisionales de las palabras que me traen un previo sentido, algo que siempre fué cierto y a lo cual no se puede acceder si no es mediante la transmisión, la tradición, (de tradere, traer). Si se le hubiera ocurrido a Juan o a Pedro todos darían por descontado que se trata de un invento o de una estupidez, porque el hombre no puede llegar a conocer por él mismo una realidad creada. Lo mismo, para ser creído, es preciso no saberse de dónde viene el rumor. O cuál es el origen de un chisme falso.

Como el rumor, el chisme dice más de la persona que lo transmite, de sus aspiraciones, de sus prejuicios, de sus valores y creencias que el rumor o el chisme en sí con la realidad. Que lo recuerde, que lo procese, que lo difunda, es muy revelador de una persona. Los grandes chismosos, por lo común los mismos que son difusores de rumores, suelen ser poco más que bazofia humana, con una vida insignificante hecha de espionajes y delaciones, que capitaliza en beneficio propio el protagonismo de la palabra mágica. Mi valor consiste en el valor de aquel trozo de realidad que soy capaz de transmitir.

Cuanto mayor es la crisis emocional o el estado de pánico más crédito damos al chisme y al rumor; es un fenómeno especialmente pujante durante las guerras, donde los rumores y chismes se difunden a su vez por los medios masivos; lo mismo se dá en intensos estados de afección positiva o negativa. Resabio de un primitivismo connatural al hombre, la palabra mágica más fuerza cobra cuanto con más vigor los estados primitivos afloran en nosotros.

Rara vez dejan pensar el miedo o el amor. La escritura y la carta son los primeros intentos de tomar por asalto al cavernario que llevamos dentro; porque nos

obliga a poner una distancia entre el estado de ánimo y el concepto. La palabra escrita no tiene tonos que le den significado sino que su significado queda colgando del delgado hilo de su capacidad de simbolizar, de su función de símbolo.

Donald Lowe, en su relectura de Foucault rescata los distintos valores generativos de la escritura y la imprenta como provocadores de cambios sociales y perceptuales, sin hacer hincapié, abstraído en el moderno catecismo de las ciencias sociales, en las estructuras cerebrales que se crean cuando se incorpora un adiestramiento en el cerebro. El Dr. Carl Sagan comentaba en una obra de difusión científica, el fenómeno de los estudiantes de piano que retoman los estudios veinte años después, y misteriosamente pueden reactualizar funciones sicomotoras con facilidad, ya que las conexiones nuronales que lo permiten ya quedaron afirmadas en el cerebro. (Un buen argumento es éste a favor de la práctica de la matemática en sí, y más allá del utilitarismo de la aritmética "que cualquier calculadora puede hacer más rápido". También un tranvía puede andar más rápido que una persona, pero es muy difícil hablar con un tranvía.)

La escritura manuscrita es la que dá el primer avance hacia la incorporación de la función simbolizadora al cerebro, que luego aplicamos a todo lo demás. Quiero decir que cuando aprendemos a escribir aprende nuestra mente a pensar de un cierto modo. Un cierto modo ordenado, racional, estricto, que le dá valor a la palabra como portadora de una realidad más bien única y cerrada. Aunque por el desuso un hombre olvide sus primeras letras, el hombre no es ya más un analfabeto; e incluso su renuencia a pensar y a discutir ciertos temas, a admitir la posibilidad de analizar todo, usual en los iletrados y en los fanáticos, es un reconocimiento del poder del pensamiento, de la posibilidad de pensar en abstracto. Cargada de mitos sobre su origen, la escritura puede ser de origen mágico pero jamás lo escrito, y jamás puede uno excluirse del poder transformador de la escritura --cosa que los tiranos y los esclavistas del Sur norteamericano sabían muy bien-- una vez que la escritura se incorpora como formador de estructuras cerebrales. Sobrecoge pensar que la New Age del Bajo Imperio Romano, el cristianismo, debiera rescatar el concepto de escritura divina del pueblo más a deshora del mediterráneo, como que casi uno no puede imaginarse que es más o menos cuando los griegos estaban construyendo el Partenón, los judíos se pusieron a escribir la Biblia a la vuelta de su confinamiento en Babilonia. No solamente se redactaban supuestas profecías antiguas para interferir políticamente con los tiempos presentes-- el Apocalipsis es una de ellas--, sino que llegaban a "descubrirse" textos sagrados enteros, como ocurre con el Deuteronomio.[7]

En ese contexto, es bastante curioso que pudiera surgir la idea de libro sagrado en textos que fueron escribiéndose continuamente durante quinientos años, casi hasta el año 150 A.C.

Texto sagrado sugiere texto inmutable y perfecto. Bien; pero para poder leerlo es necesario saber leer, si se sabe leer se puede contrastastar y descubrir incoherencias, luego no es perfecto, por lo que si se quiere coordinar lo contradictorio es necesario interpretar--exégesis--, estructurar, inventar un sentido, a través de un análisis textual de inevitable raíz racional, cuya culminación es la cábala. Por eso, irónicamente, los creadores de la biblia, pretendiendo fundar una teocracia a partir de la inmutabilidad del texto, crearon una comunidad de estudiosos y una tradición de interpretación que nos conduce a la Edad Media, al redescubrimiento de los griegos y a los surgimientos de la filosofía y la matemática modernas.

Por fuera de tema que esté este comentario su propósito es poner en evidencia algunas de nuestras actitudes hacia lo escrito, la fuerza sutil pero implacable de la escritura en nuestras estructuras mentales, y el hecho de escribir para comunicarme con otro, un fenómeno que claramente va en vías de extinción, y que no podemos saber cuánto de pérdida significa.

En efecto, escribir una carta implica tener el claro y firme propósito de comunicarme con alguien, es decir, que primeramente tengo que ser capaz de decirme que esa persona es importante para mí. La disposición de tiempo y ánimo para escribir una carta pasa por ello. Pero luego, aunque no menos importante, tener algo objetivo y específico que decir, un mensaje claro, o por lo menos clarificado en mi mente con la suficiente especificidad como para poder traducirlo en palabras de simbología clara, capaces de ser interpretadas por el otro más allá, en general, de los idiolectos barriales, y fuera de la posibilidad de expresarse tonalmente. Una persona frívola y de pensamiento confuso no es menos incapaz de escribir una carta que aquella con complejo de inferioridad o su compensación, el menosprecio del otro.

Porque lo que caracteriza a la carta es su permanencia. El miedo a "no saber qué contar" va paralelo a creer que lo que a uno le pasa no es importante para el otro; pero recuerdo testimonios de soldados de qué les gustaba más de las cartas que recibían, y resaltaban la referencia a lo cotidiano; que el gato volteó el jarrón sobre el piano, cómo se veía el hermano cuando le dieron el diploma. Cotidianidad, es decir personalidad.

El juego de la comunicación es el juego de ser persona y de que alguien sea persona para mí. Debo ser capaz de pensar que le importo lo suficiente para que mi cotiadianidad sea valiosa para el otro, o mis sentimientos, o mis reflexiones. Tener al otro sufiientemente claro en mi percepción de su personalidad como para hilvanar el discurso de una forma que enttiendo que el otro es capaz de vincularse a él. Pero al mismo tiempo, y esto es igualmente importante, que recibida esta muestra de conexión humana, la otra persona tenga similar, o más o menos similar capacidad de relacionarse conmigo. Una única línea cortés de respuesta a una carta de dos carillas es, en todo caso, protocolo y no comunicación. Lo mismo la ausencia de respuesta.

Quizá las más de las veces las razones de la ausencia de respuesta, que es lo que suele suspender la correspondencia, pasan por lo comentado más arriba, pero entre las más notorias tengo para mí la pérdida de importancia del otro en mi conciencia de pertenencia e interrelación. Al mismo tiempo, he encontrado una tendencia a asociar, sobre todo entre los jóvenes, a la carta como solo vehículo de comunicación erótica, amorosa, con la trascendentalidad que ello le carga al asunto. Nada parecido a los "Diarios personales" ingleses del siglo XIX, los álbumes o la tradición de comunicación epistolar, hechos todos para ser leídos socialmente --excepción hecha del Diario de Samuel Pepys, del siglo XVII. La carta viene a ser así algo amenazador, enorme y terrible, cargado de ominosos sentidos. Tal vez, porque quiera o no, entra por debajo de mi puerta, viola mi intimidad entrando a mi casa.Como individuo aislado y a la defensiva, la carta me asusta y reacciono como ante algo extraño, como alguien que se me aparece. Más o menos el mismo gesto airado de las personas que preguntan de dónde sacó uno el número, al hablarles por teléfono. De la guía telefónica, claro. Del número que está en su puerta, por supuesto. Con la guía, donde estoy, y con el número, que es donde pueden ubicarme en mi calle, subsisten los rastros de cuando las personas manejaban evidentemente otro tipo de lazos sociales.

Con nuestras reacciones histéricas frente a la comunicación, a la carta, al llamado inesperado, delineamos nuestro concepto de mundo, nuestras incapacidades y nuestros miedos frente al otro. El hecho de que muchas personas no nos importan demasiado.

Solamente justificamos la carta inopinada con el mailing, que no estamos obligados a responder, o el llamado inesperado con las encuestas y las ventas telefónicas. Atesoramos en cambio la carta del amigo o del amado lejano sobre todo si viene de sorpresa; el sentido de ello es claro para todos. Pero ¿Somos capaces de responder?

5. El juego de las preguntas y respuestas.

Porque la posibilidad de escribir una carta implica la posibilidad de construir un discurso a partir de la conceptualización de la realidad. Y construir un discurso implica una toma de posición del lugar del individuo frente a sí mismo como protagonista en el Tiempo y no arrastrado por el Tiempo. Implica delimitar el ámbito de mundo en el cual me muevo, llegando a la conciencia de mundo que tengo, sin perderme de vista a mí mismo.

La más modesta de las esquelas con intención de comunicación, escrita con lápiz, con faltas de ortografía y renglones torcidos es tremendamente más una toma de posición de lugar en el mundo que una cuenta en American Express; porque implica conciencia de ser, lo que para ser consumidor es no sólo innecesario sino noscivo. Por el juego de las metáfortas, un buen consumidor debe poder disolverse en los productos, que consume para saber que existe.[8] Esto se relaciona con el aislamiento, con la soledad, con la incapacidad de construir vínculos sólidos, con la pérdida de la amistad y con la pérdida del sentido de solidaridad, puntos todos que fueron mencionados en párrafos anteriores, cosas todas que requieren de un Yo.

El problema de los valores sustitutivos o vicarios es tan viejo como el primer antepasado que se puso plumas de pavo real en el taparrabos para parecer más importante; pero claramente con la Revolución Industrial y su promoción desmesurada del consumo de obsolescencia planeada [9] empieza a tener lugar esta disolución tan clara del ser en las cosas. Para poder establecer un discurso, ie. un pensamiento extrapolado de la realidad, debo ser capaz de determinar dónde empiezo yo y dónde empiezan las cosas. Quién soy yo aparte de las cosas que compro y que me identifican. Si no soy capaz de identificarme por fuera de ellas no soy capaz de pensar, no soy capaz de construir un discurso y no soy capaz de escribir una carta. Que esta fuerza de disolución existe y qye tiene una enorme potencia atontadora lo prueba el hecho que muchas personas llegan a individuarse concientemente sólo a partir de una descomunal crisis que les hace perder todo lo que habían adquirido o que les hace perder aquel ser que, sin siquiera ser concientes de ello, constituía el centro de toda su existencia. Tenemos estudios espectaculares sobre esto tanto en Fromm como en Jung, de quien entre otros, su *Von den Wurlzen del Bewusstsein* , ("Las raíces de la consciencia", vagamente titulado en español como *Arquetipos e inconciente colectivo*) nos pone frente a nuestra identidad de patchwork, hecha de girones de lona que sólo nos impulsa al puerto o mar adentro si logramos coserlos juntos en una única vela. Lo contrario es el naufragio en la disolución. La disolución genera la angustia de lo no completo, de lo no alcanzado, de lo no realizado, que es la raíz de toda actividad humana; porque consumir no es hacer nada.

Hasta la Revolución Industrial y sus grandes tiendas, el consumo nunca fue un objetivo en sí mismo sino un medio en pro de un objetivo superior, era un recurso más en el proceso de ser de un modo determinado; de ser en el objetivo: El poder, la causa, la creación, Dios o la iglesia, el arte, la ciencia, el conocimiento, la Salvación, etc. Incluso el consumo de lujo era un medio para la valoración social clara, específica y bastante reglamentado, como el tipo de sombrero que podían llevar los cortesanos de Luis XIV.[10] Sólo un idiota como los que caracteriza Moliére o más tarde Gómez de La Serna ("El caballero del hongo gris") es capaz de gloriarse en el sombrero mismo, como se gloría de sus relaciones sociales otro personaje de la novela contemporáneo al anterior, que es el arribista y banal Elliott Templeton que Somerset Maughan hace morir en la compañía del único ser, de entre un grupo de frívolos turistas americanos, que busca en la interioridad valores que le den un sentido a su existencia. Una angustia de lo

no completo que hace que Templeton sólo pueda morir feliz cuando recibe una falsa invitación a un baile de disfraces. [11]

Casi aterra la potencia de un sistema capaz de motorizar a toda la humanidad pudiente detrás de la ausencia de todo objetivo.[12] Pero sabemos que la polivalente metáfora nos hace creer que vamos vicariamente detrás de ellos. Sin embargo la interminable ansiedad que llena los consultorios de casos de depresión, anorexia e impotencia sexual nos revela que esos objetivos no están allí, que no alcanzamos más que medios para un fin que nos es desconocido, que nos falta, y que tratamos de tapar con ruido. Con el ruido del televisor, con el ruido del fútbol, con el ruido de Internet, con el ruido de los videojuegos, con el ruido, por ejemplo de la cháchara insubstanmcial, referencial, interminable sobre temas externos a nosotros mismos. Porque, claramente, qué podemos decir de nosotros si apenas estamos ahí.

Para no encontrarnos con ese vacío de nuestro propio interior, mandamos nuestro ser a lo más profundo de nuestro adentro; apenas podemos llegar al ser del otro luego de preguntas y repreguntas que van orillando la parte humana de la misma persona que es bien capaz de hilvanar toda una estrategia de márqueting de una multinacional; rara vez, sin embargo, en frente una y otra persona, porque todo lo humano nos es ya ajeno. Más bien por deducción y por el tipo de inflexiones de su voz por el teléfono. Porque si la individuación que permite la comunicación de igual a igual mediante el concepto aprehensor de la realidad se reemplaza por la disolución de ese ser en las cosas; retrocedemos a una etapa primitiva en la que podemos comunicarnos solamente por tonos, por silencios significativos, por inflexiones de voz. Cómo comunicar esto si imponemos la distancia para que no me lastime la presencia del otro, amenazante y desconocido, sino por la línea telefónica. Hay pues toda una posibilidad cierta de que mediante el teléfono dos personas se seduzcan recíprocamente hablando de exportaciones de cereales, ya que el elemento identificador, como en la edad de piedra era el olor sexual, no es el contenido verbal--recordemos la construcción inexistente del discurso--sino el tipo de sonidos que el juego de diálogo son capaces de generar. El tono feliz o alegre, el tono seco, el tono amigable o altivo, el tono distante, llamar o ser llamado, tener contestador o no tenerlo, llamar para dejar o no dejar un mensaje que el otro contesta si quiere.

No es que el teléfono reemplazó a la carta, en todo caso reemplazó como función al telegrama o al teletipo informativo, sino que la creciente incapacidad de construir un discurso objetivo que nos incluya nos hace llegar al teléfono como indispensable para rescatar los pocos restos de proximidad humana que sobreviven al consumismo mediático, retrocediendo a tipos de comunicación anteriores a la palabra. Las palabras, el palabraje está ocupado repitiendo lo que nos dicen los medios, en donde como yo no aparezco, no puedo usarlas para referirme a mí mismo.[13]

Dicho de otro modo, si yo no puedo(tengo miedo, no quiero) romper la realidad externa para entrar a mí mismo, si yo no puedo in-dividualizarme en lo que estoy di-suelto, no puedo, no sé cómo, usar las palabras para referirme a mí mismo; entro en la incapacidad de expresión verbal.

Un idioma global es un idioma, como el inglés, con un millar de términos, rasado por el nivel más elemental del público consumidor. Elimina la individualidad por una necesidad de la producción en serie; de ahí que, siendo las palabras no más que herramientas del consenso tribal, haya muy poca gente capaz de captar la diferencia entre, por ejemplo, tristeza, nostalgia y melancolía. En todo caso tampoco tengo claro que yo soy el que está sintiendo eso, ni quiero saberlo. Mejor que eso es ponerse los walkman y escuchar algo que me distraiga.

Pero salvo que dominemos la expresividad neutra del Winston Smith de 1984 (Orwell), nuestro cuerpo, nuestro rostro, si ya no nuestra salud, y sobre todo nuestro tono de voz, se hace cargo de nuestro estado de ausencia, de nuestro estado de alejamiento anímico. Curiosamente, tal vez una tercer persona tenga la capacidad de

expresar y deducir su condición interior a partir de esos tonos sonoros de profunda raigambre infantil, porque el otro forma parte de lo externo, y con gran semejanza con la capacidad de distinguir diferencias en los objetos de consumo. Es sabido que la amistad está dejando paso, como en algunos países europeos, a formas de compañerismo localizado por actividades, donde unas personas sirven para cierta actividad y otras para otras. Por eso a la pérdida de la afectividad va paralela la multitud de relaciones. Al multiplicar las relaciones, como ya se dijo, se aleja la peligrosa posibilidad de la profundización en lo que, ahora se vé, no hay casi modo de llegar a verificar que se está vacío.

6.Las botellas al mar

Vemos entonces la extremada conexión entre individualidad, conciencia, objetivación, alienación, etc. y comunicación. Si lo temible de la carta es la permanencia, no menos temible es la firma debajo, que lleva implícita la responsabilidad. El hacerse cargo de lo que se dice. En tiempos de la dictadura militar en la Argentina había un piso entero del Palacio de Correos destinado a la apertura y revisión de la correspondencia. Uno se pregunta la utilidad de ello; pero implicaba incluso el tipo de publicaciones que se recibían o no, censuradas o no, del exterior. No es tampoco imposible que personas ingénuas perjudicaran a terceros con sus comentarios privados, o que otros mismos cavaran literalmente su fosa por una afirmación casual.

Quiero decir que con la carta la responsabilidad es más bien ineludible y clara, tanto como lo es la individualización. La carta a máquina era tenida por impersonal, por escasamente probatoria de nada; la firma debía ser manuscrita. Cuando la carta era a máquina y la firma impresa, directamente se solía destruir la carta porque era tenida por una falta de respeto. Hoy es lo usual con el fax. De inocultable utilidad para la mensajería, cierto aprecio por el otro lleva implícito escribir el mensaje a mano; pero salvo que sepamos inocultablemente que la otra persona es la única que puede llegar a ver esa comunicación, el hecho, como las antiguas postales, de que cualquier persona pueda leerlos--nuevamente la aparición de la fuerza delineante del contexto--, como en los tiempos de la dictadura nos lleva a la superficialización, a la "casualización", a una modificación de las actitudes similar a la de las personas en el momento en que les ponen una cámara delante o un grabador sobre la mesa, o simplemente hablan ante desconocidos que los escuchan y observan. La puesta en público conlleva así la banalización del mensaje, delante del mismo absurdo de que no habiendo huella ni prueba alguna del origen del fax entrante, cualquiera puede mandar cualquier obscenidad mucho más que con las cartas anónimas. No hay siquiera soporte físico y el origen es fácilmente programable en forma falsa. Hay muchos anuncios sobre detectores de origen de llamadas. Obviamente aquí la necesidad precedió al objeto de consumo, lo cual habla bastante a favor de la utilidad de la delincuencia. Los llamados nocturnos y las amenazas, o los faxes anónimos van a ser enviados seguramente de teléfonos y locutorios públicos.

La misma banalización se observa en el E-mail o correo electrónico, y mayor aún es aquí la irresponsabilidad, en tanto que los nombres son en clave. Obviamente que cualquier investigación lleva al server prestatario del servicio de conexión; pero, lo mismo, en términos corrientes no hay modo de saber quién envía un mensaje o si está usando la computadora de un tercero.

Banalización, idioma telegráfico, ausencia de responsabilidad. El sueño Verneano [14] de un mundo mejorado por superiores comunicaciones, termina pues confrontado con la paradoja de que cuanto más fácil, barato y rápido es comunicarse, termínase diciendo menos cosas y más estúpidas; y cuanto más claras son las transmisiones telefónicas menos importan las palabras y más realce tienen los tonos y las inflexiones, como en tiempos anteriores a las mismas o como entre personas que hablan distintos idiomas.

7.La ventana abierta a un mundo cerrado

Puesto en relieve ya ***cómo el contexto físico influye en la calidad de la comunicación*** incluso boca-oreja, y más o menos sujerido el modo en que el contexto tecnológico es capaz de influir en el tipo de mensaje esperable, es claro que, como todo lo social, no tratamos de afirmar aquí la inexistencia de excepciones, sino de resaltar las conductas y los fenómenos más comunes en nuestra situación de alienación. La pérdida de la afectividad lleva a la pérdida de la confianza con la misma regularidad que la lógica del interés lleva a la negociación de la conciencia ética; de ahí que el lazo humano, la amistad y el amor son indispensables como lo fueron en todos los tiempos pero más aún en momentos en que no es esperable el derecho. La desaparición del Estado, aquí y en el resto del mundo, nos sumerge en una especie de neofeudalismo donde la autodefensa no puede salir de ningún otro lugar que de los vínculos afectivos que sepamos construir a partir de nuestra propia calidad humana o ausencia de ella. Los centros comunitarios hablan de esto. Las pandillas callejeras de muchas grandes ciudades del mundo no tienen otro origen que esto; e implican una contención tanto defensiva como afectiva. Como decíamos al principio, únicamente el otro puede decirme que yo existo; de ahí que discrepo con algunos sicoanalistas televisivos y omnipresentes comentadores que hablan de moderno individualismo. Individuo da la idea de único, y ser únicos, propios, diferentes, auténticos; estar, en otras palabras, individuados concientemente, es precisamente lo que nos falta y lo que el sistema quiere que nos falte.

Creo que la clave de esa ausencia pasa por el lavado colectivo de cerebro que implica la cultura de las imágenes y el mensaje de intereses concurrentes de los medios de comunicación.

Ocurre que --más allá del populacherismo demagógico y adulón de cierta antropología que vé en en los balbuceos de un grupo de tomadores de cerveza los representantes de la nueva cultura urbana--como la única forma hasta el día de hoy de acceder a un hábito de racionalización comprensora del mundo pasa por el mensaje escrito y leído, la única forma de aprehender fácticamente la posibilidad de construcción del discurso expositivo de esa propia comprensión del mundo pasa por el lenguaje y el manejo de la escritura, a medida que falazmente por medio de las imágenes nos incorporamos a un universo colorido y atractivo que creemos conocer, perdemos total y definitivamente la capacidad de generar ideas, visones o simplemente intuiciones propias y personales, que son la manifestación externa de un ser concientemente en el mundo, de un individuo real y no de lo que Ortega llama, un hombre masa.[15]

Imágenes, medios masivos de comunicación, masificación y masa van de la mano. Como la única forma de ser realmente masivo es nivelar para abajo y la decodificación de la representación analógica la pueden realizar hasta los niños, la única forma de ser realmente masivo es por las imágenes, dado que así como pensamos con los mismos mecanismos que los griegos, por eso funciona la retórica aristotélica [16],

de la misma forma nuestras estructuras de decodificación visual pertenecen a al código básico de todo occidente, es decir, de todo el mundo, como vemos en los trabajos de R.Gubern ya citados. La diferencia es que si la palabra implica, con escasas variantes, un signo único de sentido restringido y de comprensión obligatoria--si no sé que es 'microscopio' o 'amarillo', la frase "un microscopio amarillo" no me expresa nada--, no necesito aprender nada para ver un microscopio amarillo y creer que entiendo lo que estoy viendo. En tanto veo una cosa en el espacio no me cuestiono su por qué, mientras que si me dicen la mera existencia de algo (Hay un microscopio amarillo) sin agregarme algo que justifique la afirmación, en otras palabras, (que está roto)que diga algo del universo, el dicho me parece una estupidez. De este modo el solo hablar es ya un imperativo de aportación de sentido que a la vez implica esfuerzo, en tanto que el solo ver provee una satisfacción inmediata y placentera de falsa comprensión. Un discurso de dos horas es agotador para el que lo pronuncia y para el que lo escucha, de ahí la expresión "gran orador", en tanto que la imagen es sólo placer y para el placer no hay límite. De hecho si a una rata se le estimula eléctricamente el centro del placer, deja de comer y se muera de hambre.

No es casual que Diseño Gráfico, la carrera universitaria de fabricación de imágenes para el sistema sea a la vez la más analfabeta. ***El sistema no quiere cuestionarios sino imaginarios***--entiéndase esta frase con la profundidad que tiene. Porque a través del consumo dirigido la totalidad el sistema económico mundial depende del imaginario de la gente, de la metáfora, o dicho de otro modo, de la satisfacción vicaria de los deseos por la vía del consumo.

"El consumo es esencialmente simbólico, afirma Wilensky. *Junto al consumo orgánico y a la utilización física de los objetos, se produce un fundamental consumo simbólico, mediante el cual tratamos imaginariamente de colmar nuestro deseo.(...) Jamás se detendrá. Infinitos productos, objetos ilusorios de la ansiada completud del consumidor, serán sucesivamente elegidos sin constituir ninguno de ellos el satisfactor definitivo"* (A. Wilensky, Op. Cit.)

Publicidad e imagen mediante, siempre compramos otra cosa al comprar lo que compramos, siempre compramos un plus que es el que está en nuestra imaginación, pero este plus está incluso en las artesanías que adquirimos a proporcionalmente elevado precio, rodeados de la magia de un producto supuestamente puro e incontaminado, lleno de lo humanamente más próximo. Es una incorporación mágica, una ingestión simbólica, para usar el lenguaje de Frazer. Satisfacemos una necesidad de organicidad, de naturaleza con ellas, no una necesidad de tipo físico o fáctico; las necesidades más importantes son siempre las simbólicas, desde luego, pues casi no existe un producto que no sea un commodity, un producto vendible a granel. Un cinturón de plástico cumple la misma función física, pero quién lo usaría si no es la moda. Para sentirse bien con el consumo debe haberse primero generado la angustia de su ausencia. Las siliconas mamarias son un buen ejemplo, las mujeres las emplean para "sentirse bien". Nadie necesita tampoco una computadora para vivir, escribir o pensar, pero el hecho es que presentar un texto sin correcciones e impreso en láser provee la ilusión de la modernidad y la aptitud de hacerse cargo de la modernidad, antes incluso de haberme puesto a leer. Incluso no usar computadoras o relojes propios tiene una carga simbólica que por reacción nos conecta con el marketing. Así, el más efectivo de los publicistas o diseñadores no es el que más profundamente es capaz de comprender a la gente, sino el que con más profundidad respira la masificación por todos los poros de su cuerpo. No hay explicación racional para lo que el uso de una tipografía sugiere(connotación que provoca), sino en términos de imaginario y de códigos de imagen construídos, y así sucesivamente. Una caligrafía inglesa nos parece romántica

hoy y a nosotros, incapaces de asociarla con la Revolución Industrial y las tropas del Imperio Británico, seguramente de una muy ruda virilidad.

Si nos ponemos a pensar nos damos cuenta que, satisfechas un par de necesidades, no somos felices por las cosas sino por lo que creemos que ellas nos brindan, y siempre se trata de lo que otro humano me brinda: reconocimiento, amor, pertenencia. En el trance damos a cambio la Empresa por la devolución de la vida del hijo amado. Luego ¿Era más importante la Empresa que el tiempo que pudimos con él compartir?

Esa es la cuestión. Como analiza Moyano Llerena [17], *las cosas que son valiosas para toda la sociedad no requieren objetos sino tiempo, tiempo libre para compartir.Dado pues que el tiempo no puede ser comercializado lo más práctico es persuadir a la gente que lo valioso está en otra parte. Si lo afirmo en palabras lo noto absurdo; entonces lo traduzco en términos de imagen, de modo que el público incorpore esta idea en su mente*(en el lugar de la que podría tener) sin darse cuenta que la tiene ahí, o peor aún, *creyendo que es su idea.*

Heredero de la función del arte anterior a la Revolución Industrial como fabricador de imagen--en sus dos sentidos peirceianos, ícono e índice-- el moderno diseño hereda también sus relaciones con el poder. [18] Salvo en contextos de colectivos en el que el diseño es un aporte grupal más, el que contrata al diseñador es siempre el patrón.O en otras palabras, la imagen viene siempre de arriba hacia abajo, es, como dice Eco, autoritaria. Lo mismo ocurría con el Vchutemas soviético en 1930, por otra parte. A su vez, en términos prácticos una imagen gráfica o figura es polisémica, más allá del chiste o gag, por lo común bastante estúpido como para ser efectivo en todo el espectro de público, nacesitando así del anclaje de sentido que le provee el slogan o el pié de foto.Anclaje o imposición de sentido, con él se cierra el cerrojo de la persuación.[19]

¿Con cuantas palabras se maneja el lenguaje de la publicidad? Probablemente con tantas como se maneja el sector de público al que se dirige, con lo cual también marca los límites idiomáticos de pertenencia de ese sector y retroalimentivamente, le genera a su vez el lenguaje. Este lenguaje marca a su vez los límites de lo que puede ser expresado y pensado con él; pues más allá de que lo expresado depende menos de las palabras que del uso que de ellas se haga, cada idioma tiene, como el inglés, frases hechas, lugares comunes y estructuras expresivas que son las que usa la gente para comunicarse. Aún más, cada idioma tiene una como visión propia del mundo del cual hacemos inconcientemente uso todo el tiempo[20]. Excepto los romanos, casi todos los imperios prohibieron, como en el siglo XX el dictador Francisco Franco a los catalanes y vascos, el uso de la lengua vernácula, con transparente por qué. Los romanos hicieron del latín un timbre, simplemente y nada menos, de prestigio social y pertenencia: hoy en día no tenemos conocimiento de uno solo de esos idiomas conquistados: sabino, osco, etrusco, dacio.

Y no hay mayor señal de pertenencia que el manejo de la koiné, de la lengua común. No hay mayor señal de pertenencia que la propriety, pensar como piensan y opinan todos. Más pertenezco cuanto menos diferente soy, cuanto más nos zambullimos con toda nuestra obesa vulgaridad en la charca de la doxa: políticos hablando el idioma de las "Barras Bravas" y periodistas que imitan la jerga de los jugadores de fútbol o de los cumbieros; la venta del producto es, así, garantizada por un igual.

Lavado pues de todo aquello que me hacía distinto, único, la soledad silenciosa me encuentra tan anodino y vacío como una remanida frase publicitaria; porque para poder expresar mi interior tengo primero que tenerlo, ver más o menos claramente qué de entre las cosas en las cuales creo me pertenece y qué de lo que creo me lo han hecho creer, qué de lo que amo lo he elegido y qué de lo que amo me lo han hecho desear. No es importante que uno u otro sea mejor. *Lo importante es saber la diferencia.* O incluso sentirla.

8. El principio de Turing

Es sabido que la prueba para detectar la eficacia del pensamiento artificial por parte de una máquina pasa por el uso del lenguaje. Si una máquina es capaz de responder creativamente sin que podamos notar la diferencia de interlocutor entre una máquina y una persona, podemos decir que la máquina piensa. Más allá de qué es lo que haríamos con una máquina que pensara, dado que en cuanto pensara, si pensara mejor que nosotros no había forma de comprenderla, si pensara peor por qué cambiarla por un buen perro, y si pensara realmente bien tendría sus ideas propias que bien podrían ser que estar desconectada es más cómodo que estar encendida, y no habría manera de persuadirla a trabajar; uno de los mayores escollos de los científicos que orientaron sus búsquedas en ese sentido pasó por el reconocimiento de la forma, problema apenas resuelto para una serie de objetos estables y más o menos definibles en tanto su geometría volumetrica, por los cambios morfológicos, la variedad de colores y sombras, a veces definitorios de la naturaleza de la cosa.: Árboles, bombitas, cucharas, formas tipográficas como las decodificadas por el Reconocimiento Óptico de Caracteres, (OCR), huellas digitales y reconocimiento de rostros por diferentes algoritmos, etc., todo dentro del concepto binario del pasa-no pasa, cero y uno. Las revistas científicas están llenas de estos logros, y muchas de ellas, como no podía ser de otro modo, se inclinan a valorizar más la aptitud visual que la linguística, y viceversa; pero el habla, o como quiere Noam Chomsky, un uso creativo del lenguaje es una impronta específicamente humana.

Porque es probable, si bien los científicos que desarrollaron los primeros ordenadores no tuvieron como punto de partida la imitación del funcionamiento cerebral--lo que sí tuvieron, con las aves e infructuosamente, los pioneros del vuelo--que estructuralmente haya una relación muy fuerte entre el uso creativo del lenguaje y la constancia del reconocimiento de forma que se encuentra entre los atributos humanos. [21] Del mismo modo como el eufemismo social nos permite encontrar sinónimos a palabras fuertes sin perder la clara noción conceptual de lo que estamos diciendo, sabemos que un plato es redondo aunque casi absolutamente nunca lo vemos en forma perpendicular como para poder estar seguros de que es redondo. [22] Uno o dos grados, estamos siempre ladeados respecto de esa hipotética perpendicularidad que nos permitiría el aserto lógico de su redondez. Pero del hecho de que son funciones equiparables no se deduce, claramente, que deba haber una unión indispensable entre visión y habla, ya que de ser así los ciegos deberían ser mudos, y los mudos de nacimiento no podrían tener noción de realidad. En lo que sí hay una relación indestructible es entre concepto y mundo, o concepto y realidad.

Para estar en contacto con lo externo necesitamos un puente de percepción, en último término, de cualquier tipo. En Hellen Keller (*El mundo en que vivo*,1945) la conexión era lo táctil:

»Las ideas forman el mundo donde vivimos y son las impresiones las que transmiten las ideas. El mundo en el cual vivo se halla construído sobre una base de sensaciones táctiles, desprovistas de todo color y sonido físicos; pero, a pesar de ello, es un mundo donde se respira y se vive. Cada objeto está ligado en mi mente a esas cualidades táctiles, las cuales, combinadas de diversos modos, me proporcionan el sentido del poder, de la belleza o de la discordancia, ya que con la ayuda de mis manos puedo llegar a sentir tanto lo risible como lo admirable en el aspecto de las cosas.«

Este párrafo tan intensamente humano es rico en múltiples aspectos. En primer lugar, cómo podríamos haber tomado, por muy superficial que sea, conocimiento siquiera de la delicadeza de las percepciones y conceptos de una persona ciego sordomuda si no es a través de las palabras compartidas, del lenguaje común del concepto. Es suficiente que yo carezca del concepto de lo táctil o lo posea de manera más bien brumosa, como para que sea incapaz de comprender este pensamiento; no escucharlo, sino encontrarle la profundidad definitoria de una realidad a la cual no tengo acceso."Las ideas forman el mundo donde vivimos." En efecto, ***lo que creo del mundo es lo que voy a encontar en él, por supuesto que tanto en su sentido restringido como en cuanto a su posibilidad de ser conocido***. Plagado de demonios, el mundo de un Testigo de Jehová es tanto más coherente cuanto más restringido, en cuanto toda posibilidad de conocimiento surge de su concordancia con la revelación y la exégesis; pero es tan mundo como el de Martin Buber o Jean P. Sartre. Es un mundo cerrado, pero es un mundo porque la totalidad de los fenómenos encuentra lugar en él, desde que alguien cree en lo que lo constituye: el contenido de un libro como el pentateuco, por ejemplo, que habla del mundo de un pueblo en la Edad del Bronce. Un mundo abierto en cambio, es un mundo donde la posibilidad de preguntar (y encontrar respuestas) es infinita.Por eso no puede haber filosofía soviética, filosofía gay, filosofía católica o filosofía judía: porque no hay filosofía en un mundo cerrado, concluso, con límites delineados y su consecuente non plus ultra. Hay exégesis, cábala o ideología, no filosofía. Por esencia, la filosofía no sabe a dónde va, pero una filosofía con epíteto sabe perfectamente a dónde no puede llegar.

Infinito, es decir ilimitado, es decir inabarcable, es decir angustiante.

Capaz de hacer cualquier cosa menos transmitir un concepto, *uno se pregunta si la consagración de la imagen como valor cognitivo no es un logrado intento de huída del mundo.* Como decíamos más atrás, entrar al concepto implica la obligación de comprender y afirmar algo de alguna cosa, pero a la imagen basta con ponerla ahí. La trampa de la imagen es que no existe modo de representar la realidad sin transformarla , es que no tiene la menor importancia de cómo sea, lo que represente, quién la haya hecho o pretenda decir: La trampa es que provocando sensaciones de un mundo que no existe más que en ella misma nos hace creer que realizamos el acto de conocer, y no nos sentimos obligados a conocer. Por eso funciona, por eso vende, por eso construye mundo, siendo la mejor garantía del no cambio del mundo. En la medida en que la "imagen periodística" es menos imagen cuanto más interpretación, es claro que cuando, como en la Guerra del golfo, se prohiben las cámaras, no se están prohibiendo las fotos, antiguamente el mejor análogon de las cosas materiales, sino la posibilidad de la interpretación y análisis de las fotografías por parte de personas respetadas por la población, es decir, lo que se prohíbe es el acceso a la información, que es lo que sí constituye en los sectores pensantes una opinión capaz de tener cierta influencia en la política, es decir en el poder y en los negocios.

En el caso de Rodney King, --un ciudadano negro norteamericano molido a golpes por la policía de Los Ángeles, evento casualmente filmado por un vecino que probaba una cámara de video-- donde no había más intereses que los surgidos de la primicia periodística y los conflictos interraciales, su brutal apaleamiento seguramente no produjo otro efecto concreto que un notable aumento de la venta de cámaras caseras de video, en razón de ocurrir dentro de un contexto de espectadores, de consumidores de imagen. La actitud de los miles que salieron a la calle a romper todo después de que el jurado declaró no culpables a los policías, se parece bastante y tuviera el mismo efecto que el de la gente que rompe el estadio si no le gustó el partido. Reacción de barrabravas, reacción de hooligans, igualmente violenta, igualmente inútil, igualmente prevista y asimilada por el sistema. Si en lugar de romper Los Ángeles las multitudes hubieran formado una ciudad aparte, --como en Montana, EE.UU. donde unas milicias de derecha llamados "Americanos Libres" decidieron independizarse y no pagar

impuestos al Poder Central o la secta en Waco, Texas-- con sus leyes y estatutos propios, el ejército los hubiera terminado a balazos, como a los casos anteriores.

El triunfo de la imagen es así coincidente históricamente el fin de algunas utopías porque la imagen marca el fin del *concepto* como modo mayoritario de aprehensión del mundo. E incluso en lo individual esto funciona así. Un cuadro del Renacimiento, [23] digamos, la *"Santa Ana con la Virgen y el niño"*, de Leonardo Da Vinci, es una mera *imagen* para nosotros, a lo sumo un signo de antigüedad, pero para los renacentistas un signo perfectamente decodificable, una construcción cargada de mensajes, un símbolo por excelencia, por cuanto porta conceptos linguísticos apoyados en un código de representación concientemente compartido por cliente y pintor. El rostro del amigo en una fotografía deviene en signo para nosotros, no para el desconocido, pues no hay un concepto común asequible para ambos, más que lo analogado, y no tengo modo en que devenga concepto si no le explico al vecino que esa persona es mi amigo, o cuál es la *historia* de ese rostro. Si no conozco o no soy capaz de explicar nada, nada puede responderme la imagen, más de lo que soy capaz de *imaginar*, es decir, le deliro una realidad que, en el mejor de los casos, soy yo mismo, o repito el mantra que me impone el sistema. De alguna manera esto se refleja en la diferencia entre recibir una carta y recibir una postal, y el tener un retrato de familia o una foto de Marilyn

Nos solazamos en el mundo inventado de los medios hasta que, por ejemplo, la pérdida del empleo y su brutal puesta en caja nos (y esta expresión española es sugestiva) "abre los ojos y nos pone a pensar". Hundido en la 'imagen', incluída la imagen de mí mismo, al decir de Jidhu Krishnamurti, los ojos están cerrados. Porque la 'imagen' no es un ver el fenómeno que tenemos delante o al mundo como fenómeno, sino el ver un fenómeno histórico, una construcción tan cultural como la CocaCola, la belleza nórdica o el idioma francés; soy conciente de esa historicidad que es la mía cuando estoy frente a otra o carezco de ella: he perdido mi empleo, mundo, amigos, etc. Es decir que recién cuando la realidad efectiva me pega un golpe soy conciente, en realidad, de mi existencia individual en medio de otras existencias, con un destino propio, con una angustia propia y tal vez con un propio futuro inexistente o no, porque recién ahí percibo un afuera que me excluye, un out, una frontera. El límite de mi lenguaje es el límite de mi mundo, como repite Baudrillard; antes que eso ocurra no es imposible que el instinto de pertenencia al grupo social mediático hiciera que las fronteras entre yo y el mundo estuvieran más bien borrosas, y que no necesitara yo las palabras y la conceptualización que define mi situación personal; ahora en cambio, las necesito, y me llamo desempleado, *desaparecido* o *incomunicado*, ambas "en español en el original". Antes eran palabras para referirse a la tribu del Otro.*

*Pero necesitar no es encontrar. Un conflicto siquiátrico--no ya en la terminología médica--es ahora, por ejemplo, inclasificable para cualquier espectador medio excepto en términos de posesión demónica, como no lo era, con menos información, décadas antes, en que el contacto con el conflicto del otro era más cotidiano. El hecho es que hay mucha gente con problemas síquicos en la vida cotidiana pero no en las películas.

Así, puedo decodificar el video-clip cuya visión me garantiza la pertenencia al grupo de los que están ahí, moviéndose en un espacio de leyes internas diferentes; pero vuelto a la Tierra, la realidad del mundo al que verdaderamente pertenezco --mi cuadra, mis relaciones, mi desempleo o mi soledad--, me confunde y aturde. Como lo cotidiano no tiene ya guión, al menos no tiene el guión del reality show del mediodía con sus teléfonos, no sé qué líneas decir. Debo improvisar; pero para palabrear debo tener identificado como entidad referible, como cosa diferenciada y clara, a aquello que

pretendo decir; y una entidad no es más que un concepto entre otros conceptos. Y la imagen no me los dá, entonces, no puedo siquiera decir lo que me pasa.

Sería, sin embargo, subestimar la naturaleza humana imaginar que la ausencia de un lenguaje culturoso incapacita para pensar. Ese no es el centro del problema. Con un lenguaje monumental Lugones aporta una obra mínima, con el lenguaje gauchesco Hernández nos deja una obra monumental. La cuestión es cuánto de mundo encuentro en el código que es capaz de expresarme, cuánto de concepto aporto con un movimiento de cejas en ese código que significa algo para otro.

Este párrafo de Merleau Ponty [24] da en el centro de la cuestión:

«Si el discurso presupusiera al pensamiento, si hablar fuera, ante todo, unirse al objeto por una intención de conocimiento o una representación, no se comprendería por qué el pensamiento tiende hacia le expresión como hacia su consumación, por qué el objeto más familiar nos parece indeterminado mientras no hemos encontrado su nombre, por qué el mismo sujeto pensante se halla en una especie de ignorancia de su pensamiento mientras no lo ha formulado para sí o las ha dicho y escrito.(...) A la famosa pregunta de Kant podemos responder que pensar es una experiencia, en efecto, en el sentido de que nos damos nuestro pensamiento por medio del discurso interior o exterior.»

Las funciones cerebrales las tenemos, mal que bien, todos; y probablemente se gasta la misma energía mental en una discusión entre barrasbravas o profesores de filosofía que en resolver un problema matemático. La cuestión es que esa discusión se maneja con la jerga o el idiolecto de los barrasbravas, filósofos o diseñadores, y tiene trascendencia solamente para ellos, en tanto que un problema matemático puede importar a todo un mundo. Constituye un fenómeno de fragmentación social que nos llevaría demasiado lejos tratar; pero no es que la limitación del lenguaje y la inmersión en el código sectario no dejen pensar, sino que conceptualizar más allá del idioma de la tribu urbana se hace muy difícil, sino imposible, y la parcela de universo que es capaz de ser comprendido, analizado, modificado y expresado, se vuelve increíblemente insignificante y angosta. El targeting de las agencias de publicidad, con la precisión de un cirujano, es en este sentido tan revelador como la chabacanería conservadora y estúpida de las reuniones televisadas de fanáticos del fútbol. *Hay -casi como una maza en un yunque- una supeditación tan estrecha entre el lenguaje, el sector social y el universo de valores, que no es casual que la fragmentación social tenga ya mundialmente características casi de un nuevo establecimiento de clases o castas*. Lo que sólo había sido observado en Japón como instrumento de dominio[25] * como rémora de la sociedad militarizada y desagregada,

* en particular en el período Tokugawa, donde no podía virtualmente pronunciarse ninguna oración sin definir a través de las formas de habla la propia clase social y la clase social de la persona a la que uno se dirige, hoy en día si bien se ha simplificado no es posible aprender a hablar japonés sin aprender las formas de gramática y sintaxis para definir el propio lugar social, incluída la diferencia de rangos sociales, géneros y edades.

soldada por el invento a fines del siglo XIX del culto al emperador, puede extenderse a la generación de slangs villeros o de los "barrios"neoyorkinos, pero también para ese otro lenguaje que son los turbantes y el chador, o los tefilim de los judíos observantes, incluso la cumbia y el tecno, y la pintada chancha o el graffiti Hip Hop.[26] ¿Cuantos centenares de lenguas se hablaban en la India a la caída del Raj británico? La República impuso el Indi como nuevo"esperanto"; algo así como hizo la Revolución de Mao con la "Lengua común" o Pu Tong Hua, adoptando la pronunciación de Beijing en una China tupacamarizada por los Manchú primero y los misioneros imperiales después. Es cierto que fueron modos en que el poder central se consolidó a sí mismo, pero sin desplazar la diferencias multiculturales de la gente la adopción misma de la *lingua*

franca --este nombre es ya sugestivo-- reflejó una voluntad de ser común y una afirmación de su factibilidad histórica.

Con el mismo idiolecto en cambio puedo comunicarme únicamente, solamente con un único sector al cual pertenezco que comparte mi mismo cerrado universo de valores que no puede llegar a ampliarse pues entraría en contradicción consigo mismo; no tengo modo de traducir mis vivencias e inquietudes de un idioma grupal a otro pues representan fenómenos distintos de conceptualización, a la manera de irreducibles religiones o sectas; no tengo modo de comunicarme porque mi universo de intereses no corresponde con el de la otra persona, y porque en tanto Otro, esa persona no es mi igual. No lo es ni puede llegar a serlo.

Ahora bien, *si en este contexto finalmente resultara que el valor del texto impreso, de la conceptualización y de la capacidad de formular juicios sobre la realidad terminara siendo un valor de un grupo social restringido, de una clase aún no imaginada, ese valor sería intraducible e incomprensible para otros sectores sociales que no lo comparten. No sería reconocido como valor de modo que nada justificaría el esfuerzo de llegar a él.*

Por otro lado, del mismo sector social, tienen más cosas en común un adolescente de Tokio y otro de Belgrano, que las que hay entre éste y otro de Belgrano, de diferente pertenencia socioeconómico-cultural, digamos, entre un individuo desempleado, brutalizado por la pobreza, y otro con prebendas del Estado por "derechos adquiridos" de él, sus padres o sus abuelos.Y esas diferencias crecerían exponencialmente en cuanto mayor dominio de la tecnología implica un mayor posibilidad de crecimiento y una ampliación sucesiva del código.

El problema es qué queda cuando dos grupos que pueden llegar a tener objetivos en conflicto son incapaces de comunicarse, y lográndolo, de comprenderse. Yo puedo querer ampliar mi código discursivo y mi universo solamente si, incómodo, siento que desconozco; pero (¿Quién maneja las imágenes?) la imagen se encarga de hacerme creer que no necesito saber más que lo que veo.

9. Las puertas de la percepción

Hasta más o menos el Impresionismo hay una pintura que podemos llamar antigua. Es occidental, sin duda de raíz cristiana, y representa en el plano icónico uno de los niveles más altos de codificación imaginables, hasta el punto en que cabe la duda si para los conceptos actuales de percepción de imágenes podemos llamarlas imágenes. Porque son imágenes, es decir polisémicas, para nosotros; pero para las gentes del tiempo que las vieron nacer representaban una pieza de comunicación con significados acotados y precisos, como dijimos arriba. Cuando después de cabildear durante veinte años le fué concedida post-mortem a Diego Velázquez, el pintor de Las Meninas, la orden de Santiago de Compostela; esa cruz roja que adorna el pecho de su autorretrato fué pintada por el rey Felipe III con la mayor de las ceremonias. Podía pues, a partir de allí y con permiso, todo el que viera el cuadro tener por sabido que el pintor perteneciera a la Orden. El resto de los caballeros protestó de si tenía derecho el retrato de Velázquez de llevar la cruz en tanto que al momento de pintar su autorretrato el pintor no tenía la orden de Santiago.

Una lectura tan precisa del contenido gráfico no le importa hoy a nadie, por la sencilla razón que la fotografía vino a cumplir con el rol documentario de la pintura; pero para las gentes del Renacimiento y hasta casi finales del siglo XIX la pintura formaba, como lo demostró Baxandal, parte de los medios de comunicación. Puedo *decir* con pintura, para decir empleo el código simbólico de mi tiempo que claramente sé que va a ser comprendido en su justa medida por el contemplador. Hay elementos

que pertenecen al paradigma de la época y son reveladores de los contenidos epistémicos o culturales--el uso o no de perspectiva y su relación con el concepto de espacio; la representación fiel o la idealización, que dá cuenta de la idea o no de personalidad individualizada en la época en que algo se representa-- el pintor los usa tan inconcientemente como hoy se usa el aerógrafo o la ausencia de perspectiva; pero en la pintura antigua hay una simbólica construída, estudiada y perfectamente conciente--el pintor podía ser llevado a prisión por ello, como el Greco al pintar más baja en el "Expolio" la cabeza de Cristo que los de la multitud--, que no sólo formaba parte del bagaje indispensable de conocimientos del pintor, sino del conocedor de pintura. Los contratos son reveladores, y en ellos se especifica el uso o no de azul ultramar y su cantidad(símbolo de riqueza), la cantidad de figuras y su relación espacial (símbolos de posición social), muchas veces el gesto que han de estar ejecutando (los gestos estaban codificados desde la Edad Media), y detalles específicos de vestimenta.

Pensemos en un cuadro conocido, como el Retrato de los esposos Arnolfini, de Van Eyck, actualmente en la National Gallery. Hay una habitación con los esposos y detalles significativos--pantuflas, escobilla, perrito-- que quieren acentuar el hecho de estar en un interior, de algo de la vida privada. El perrito con este fin se encuentra también en Watteau y en Goya. El gesto del hombre sugiere desde la Edad Media tanto piadosidad (el matrimonio es un sacramento) como conocimiento, en este caso seguramente carnal, lo que ha sido visto. La forma en la que su mano envuelve la de la mujer refleja la contención de haber acogido a la mujer en la casa. Los dedos de ambos suman diez, como diez son las puntas del espejo esférico, el espejo es símbolo de vanidad de las cosas mundanas--así en Velazquez, la Venus del espejo, como en el Goya de los Caprichos.--en el que ambos se reflejan. Apuntando a la única vela encendida (y única en el candelero de cinco brazos, colgando del techo), la mano del padre y el pulgar de la mujer embarazada, probablemente se trate del primer hijo venidero de ambos. Las frutas, por otro lado, sugieren la idea del oriente o de lo ultramarino, quizá en alusión a la profesión de comerciante del esposo.

Nuevamente el texto, la supervivencia de manuscritos que explicitan la correspondencia entre esta simbología y la forma en que era interpretada--piénsese en el Tratado de la Pintura de Leonardo, o en los contrato supérstites o en los manuales para predicadores medievales basados en Quintiliano--, nos aseguran más o menos la forma en que era decodificada la imagen. Plagada de símbolos que desconocemos, en cambio, la Melancolía de Durero nos resulta hoy casi indescifrable. Vemos objetos y ubicaciones que para nosotros no significan (señalan) nada. Como con los poetas aficionados con sus metáforas privadas, hay un mundo que no puedo conocer porque desconozco la correspondencia entre mi mundo y ese mundo. En modo semejante, recién ahora sabemos que los colores espectaculares de Van Gogh muy probablemente provinieran de las alucinaciones cromáticas provocadas por la tuyona que incluía el ajenjo. Hay colores similares, inexpresables, en la poesía de Rimbaud o de Baudelaire. El valor se su genialidad está en haber podido y sabido romper las barreras de la incomunicación, siendo capaces de traducir en un lenguaje más o menos comprensible, una visión, un mundo interior, como el de Blake o Milton, en todo caso alejado del que soy capaz de percibir. El lenguaje se fuerza hasta el crujido para que sea capaz de transmitir estos extremos de iluminación; y hay una doble imposición en que debo ser capaz de extender en forma similar mi capacidad de lectura para llegar a ese otro humano que me habla de un mundo que desconozco.

Cuanto más personal es mi visión pues del mundo mayor es la exigencia que le impongo al lenguaje, más lo violo, como Heidegger, para tratar de que me exprese comprensiblemente. Sucede sin embargo que el lenguaje, o si se quiere, la lengua, es el gran nivelador y equilibrador de visiones personales, como ya veíamos. ***Como convención que es, acota los parámetros de la comunicación social posible y de la con-vivencia consecuente.*** El lenguaje y la comunicación ponen a prueba a cada

momento mi discurso de modo de si "habla con sentido"o "es un total delirante". La función autoritaria del lenguaje pasa pues como la función autoritaria de la ley; como un constructor de espacio social que puedo compartir.

Si ordenamos pues las piezas que tenemos hasta aquí arribamos a un punto interesante de la cuestión, y es que *no sólo mi universo se fragmenta al nivel sectario o tribal en relación al todo posible a través de mi imposibilidad de comunicación con personas o realidades ajenas a mi grupo de pertenencia, sino que cuanto más me alejo del lenguaje como clarificador de las corrientes de pensamiento de mi edad y de mi tiempo, de la normalidad psíquica, menos tengo forma de establecer si las diferencias de visión del mundo que son generadas por la interacción entre la provocación de las imágenes, mis contenidos perceptuales y la visión del mundo que mi mente extrae de ello, con su conducta consecuente; responden siquiera a la normalidad o a la insanía.* Esta, por ejemplo, y no otra es la razón por la cual las sectas aíslan a las personas de su mundo cotidiano. Si estoy aislado no puedo saber más o menos por dónde anda la cordura. De si es lógico que yo trate a la gente como si fueran plantas o si tiene visos de realidad esperar en el techo de mi casa para que me levanten los extraterrestres o si tengo que matar judíos para que el mundo se limpie. "En mi casa y solo, o conectado a la página de Internet todo resulta claro y coherente. Cuando trato de explicarle esto al vecino, en cambio, me siento como un idiota"-- confesaba un adicto a la informática. Utilizar un término como esquizofrenia es bastante delicado; pero es bastante difícil encontrar otro que aporte sentido a la construcción de mundos particulares incomunicables.Y son difícilmente comunicables tanto de por sí, por la cuestión de que (Baudrillard) "Incluso la capacidad de ser comprendido es un hecho perceptual", como por el hecho que la incomunicación me permite conservar mi mundo a salvo de su puesta a prueba.

A esta altura no hace falta reiterar que incomunicarse es no sólo callarse la boca sino también no ser capaz de salir de la charla de vacías generalidades.

10. Joseph K.

Uno de los primeros enfoques reveladores del mundo al que íbamos lo encontramos en la narrativa de Kafka. Y casi prístinamente el mundo de Kafka no es en último término más que el mundo del Poder, y el mundo de la Incomunicación. Escrito casi veinte años antes e incluído en el monumentalmente indscriptible Der Prozess, el cuento Ante la Ley, con el hombrecito que espera hasta su muerte ser llamado a un lugar, la Verdad, quedándose en la puerta porque no sabe la manera de entrar y le tiene miedo al robusto guardia que-increíblemente--sólo lo amenaza con la mirada, nos pone frente a la exclusión. Judío, Kafka le añade sabiduría a lo que Nietsche tiene de simplemente alemán, y desde la gris oficina de la Compañía se Seguros, se pone en el lugar de los excluídos del universo olímpico, un lugar al que el mismo Nietsche pertenecía.

Hollywood nos acostumbró a los finales a lo Cecil B. De Mille, con los bárbaros cayendo en hordas, con música dramática a todo volumen o con una gran, larga explosión final. El mismo Orson Wells necesita una bomba para poner fin a su película basada en Der Prozess. Pero los verdaderos finales humanos son grises, grises todo el tiempo, silenciosos, y por lo común solamente sucios. Casi no había disparos en los campos nazis de concentración; había muy poca sangre, y principalmente en los quirófanos donde se hacían experimentos con seres humanos. Había sí, mucha suciedad, y el humo de los crematorios. Porque el horror puede ser perfectamente silencioso. La

radioactividad mata en silencio; el sida mata en silencio; la contaminación mata en silencio y la alienación mata en silencio. En este rincón sudamericano se dio, como ya se dijo con el *cacerolazo*, una respuesta activa no-violenta, de desobediencia civil, a ese silencio kafkiano y genocida. Que vastos sectores de clase media se plegaron a ese movimiento de protesta cuando se congeló el retiro de fondos, no es un secreto para nadie; pero se puso en claro que la Realpolitik era incapaz siquiera de respetar las reglas del propio sistema de explotación y acumulación, ello determinó su naufragio. Como la Unión Soviética o mucho antes el Imperio Austrohúngaro tras la derrota alemana de 1918, el poder partidocrático argentino posterior a 1983, basado en el consenso y la aceptación aquiescente de la representatividad, se pulverizó por la ausencia, por el vacío, por la invasión de la Nada. La gente gritó y agitó sus cacerolas por horror ante la Nada, pero no porque esa nada apareciera de golpe por culpa de un presidente mediocre; la Nada ya estaba allí, disimulada en el shopping y en la bolsita de pegamento, hasta que la mediocridad le dio forma visible y preceptual: la ruptura del código. Soy castigado sin saber de qué se me acusa y cuál es mi crimen, mi identidad representada en una cuenta de banco se borra en el anonimato de una prisión donde el futuro se hace nada.

Kafka puede esbozar este mundo en que se desarrolla nuestro tiempo porque él mismo pertenecía a un fragmento, a un pedazo de sociedad, cerrado, con códigos propios, despreciado por otros sectores de la sociedad. Conoce la incomunicación y conoce el miedo, conoce la angustia de no saber la palabra que tiene que ser pronunciada para que el Poder lo ame. No sabe qué es lo que tiene que hacer para ser digno.

Iniciar este final capítulo con Kafka no tiene solamente un valor de metáfora. Recordemos simplemente la sobrecogedora "Carta al padre" y tenemos planteado casi todo el espectro de integralidad de la conducta, construcción de la identidad, capacidad de discernimiento de la realidad en la cual estoy insertado, e interacción con el contexto. Porque lo que hemos visto hasta aquí nos permite caer mejor en la cuenta de la complejidad del acto comunicacional, y esto es una obviedad, *la manera en que me comunico me define tanto a mí mismo como a la sociedad en la cual me encuentro.* Pero de mi posibilidad o imposibilidad de comunicarme, de si la sociedad mediática y los que controlan ese poder plantean o no la construcción de una realidad de valores cada vez más imbéciles e imbecilizantes, depende mi posibilidad de integración a mi propio mi mismo, de mí al grupo de personas que me rodean, y de ellas al resto de la sociedad toda, sin exclusiones, por eso la respuesta coherente de la protesta social fueron las asambleas barriales que, aunque efímeras, fueron estudiadas incluso por becarios del exterior. La efimeridad de las Asambleas , no obstante, es consecuencia necesaria del , y está en la raíz del sistema político argentino, heredero de las Montoneras del siglo XIX y del paradigma del sobreviviente, jamás definitivamente afincado ni integrado a nada. Me confieso a solas, me absuelve el cura, estoy salvado.

Divide y reinarás. La concurrencia de intereses se asegura concientemente que la sociedad se fragmente, porque cuanto más apela a mi sentimiento o necesidad de pertenencia grupal de target, más convalido yo la idea de que hay gente que puede ser eliminada sin que de ello llegue yo a un problema moral; es el mecanismo por el que inmediatamente antes y después de esos momentos de cambio y saqueo organizado por la derecha populista, se identificó a los extranjeros como los culpables del desempleo y la marginalidad. La idea de patria no es otra cosa que ello, en último término. Las otras patrias son la clase social, el color de piel, o el dinero. La delincuencia es más violenta y es natural que así sea, porque hemos hecho que los marginales pertenezcan a otra nación, a otro país, con su propio idioma que apenas comprendo, con necesidades que tengo que imaginar y con valores morales desembozados. Y hemos aprendido que es legal matar a los de otra nación. Lo que se llama "ajuste de cuentas" no es más que un

proceso como el de Joseph K., por sus pares y con sus reglas. "Como un perro", termina Kafka.

La gran discusión del siglo pasado en el sistema educativo argentino es entre el proyecto de Alberdi: La educación es poder, el que quiere poder que se lo pague; y el proyecto de Sarmiento de educación como mejora colectiva. Esto es, cuando el Estado tenía respecto al sistema capacidad de arbitraje. Hoy sabemos bien que los candidatos se consensúan primero con los que tienen el poder real, es decir los dueños del dinero, de modo de "asegurar la continuidad del modelo": la continuidad de los intereses creados, del poder y del manejo del poder. Colegios privados, Universidades privadas, barrios privados. El 'formar parte' abre las puertas del medrar, aún a precio de autosegregarse. Ínsulas sociales, ideológicas, sicológicas, tribus urbanas, códigos cerrados e idiolectos sectarios; todo tiende a la separación, a la disgregación.

En el fondo ya no nos gusta estar juntos quizá porque alguien puede vernos; el Sida vino a aportar legitimidad a un miedo anterior, paralelo al Vigilar y Castigar de Foucault y a la arquitectura racionalista de transparencia y control de quién está allí. Arquitectura de fábricas, la racionalista casa de cristal es paralela a la abstinencia y el autocontrol propugnado por el psicoanálisis freudiano [27]. La mejor garantía del Poder es que la gente sienta miedo de la gente: el infierno es la mirada de los otros, en palabras de Sartre.

La filósofa Esther Díaz explicaba en un reportaje lo que denomina el temor al cuerpo del otro, vinculándolo a que esta generación de jóvenes creció desde su más tierna infancia en contacto con televisores color, generando una especie de sucedáneo legítimo de la criatura humana que habilita la hipostasis de humanos ausentes, no humanos, sin cuerpo olible o tangible. Concuerdo en parte con este punto de vista, sobre todo si lo integramos al hecho de que casi todo el universo visual de la cultura de las imágenes deviene del estilo de producción televisivo, con sus encuadres, sus tiempos, los bloques para publicidad, el esteticismo.

Con el simulacro de estar frente a un ser humano sin tener que estar frente a un ser humano satisfago la apetencia del eros soslayando el thanatos. El miedo a la vida, porque la vida es riesgo.

Nuevamente fragmentación, cuánto de esto hay en la compulsión masturbatoria del chateo con seres anónimos, invisibles, inencuadrables en materia de edad o género.

El contexto de máquinas que se encienden y apagan me lleva al contexto de personas que se enciendan y apaguen, que siempre luzcan espléndidas y digan frases ingeniosas, y que no necesitan respuesta del otro. Puedo usarlas para entretenerme, y si no me gustan las apago . Por Dios, cuánto hay de esto en la incapacidad para formar relaciones estables y duraderas, todas las cuales se apoyan en la constante negociación y supeditación recíproca de satisfacciones inmediatas y egoístas. Cuanto hay de esto en el abuso de los niños, en la violencia misma. Cuánto hay de esto en la construcción de esteticismos imposibles. Cuánto hay de esto en "no tirar pálidas" y "tirar buenas ondas". Y todas y cada una de estas cosas benefician al sistema en mil formas imaginables. Desde el hecho freudiano que vincula la represión sexual con la producción, como por la no menos sicológica necesidad de consumir como forma de compensar carencias afectivas, como por la fría y cruda realidad de que la enfermedad, el alcoholismo y la drogadicción de la gente son los mayores negocios que puedan imaginarse, y porque gente imbecilizada es terriblemente más fácil de gobernar por los delegados institucionales del poder.

La sociedad del getto que genera a Kafka es nuestra sociedad, con sus tribus socioeconómicas como un imaginario edificio de varios pisos, cada uno con su propia escalera-- pienso en el dibujo de Leonardo para un burdel--, sin posibilidad de conectarse uno con el otro, y cada uno con su propia historia y su propio curso interior de evolución. Porque no nos engañemos, como lo puntualiza Arthur Koestler [28], el getto es un mundo completo y concluso, capaz de brindar satisfacciones y que genera

incluso un determinado tipo físico por selección sexual. El getto permite así articular socialmente la ostensión de la libertad con su privación efectiva: todos somos libres mientras no salgamos del getto. Se dá así que el supuesto reconocimiento de los derechos de los homosexuales no es, por ejemplo, otra cosa que la libertad de formar su propio getto.

Pero cuando estoy solo tengo que habérmelas conmigo o con la ausencia de mí mismo. Cuanto más aislado estoy de los otros menos códigos conozco y más quedo a merced del código que, siendo mío e inconciente, desconozco que me maneja.Y que es el mismo código o cosmovisión que me ha generado el problema, por lo que no puedo encontrar respuestas en él: me pego un tiro. Y las adicciones y las tasas de suicidio son un indicador aceptado de descomposición personal y social.

Todo conspira para que el proceso de individuación que permitiría una suerte de recomposición del ser, no se lleve a cabo; porque pasa inevitablemente por la conciliación de los opuestos, por la re-integración de todas las facultades, tendencias y potencialidades psico-físicas que nos constituyen., en tanto que las fuerzas del mercado, y sobre la cultura de las imágenes con su capacidad para generar deseos vicarios inconcientes, tienden a la des-integración, a, como ya vimos, todas las formas posibles de fragmentación. Armonía dinámica de opuestos, "como la del arco o la lira", para usar una frase de Heráclito, el ser que interiorizo en ese diálogo de la mente es quien hace que se genere la tensión y el cambio. No se trata de una posición quizá ética de "pensar en el otro"; es que sin el otro no tengo, más radicalmente, modo de que exista siquiera el Uno.

***

Conclusión

Suele suceder que cuando el sistema hizo su tarea bien, no tengamos siquiera con quién dialogar. Ello no debiera asustarnos. Platón definía al conocimiento como el diálogo silencioso del alma consigo misma. Incluso con uno mismo pues, abrir un diálogo es comenzar un proceso de reintegración, de reconstrucción; puede pasar por la aporía de descubrir que no sabemos ni tenemos modo de llegar a una solución, de hallar que nos encontramos casi títeres de cosas que pensábamos que estaban en nuestras manos, como actores dependiendo de nuestro público; pero esta catarsis tiene el rol de un vaciarnos, de limpiar el pozo; el rol de empezar a construir una dialéctica de la realidad desde lo que nos la construye: lo afectivo, la percepción, el diálogo, la sensualidad y la sensorialidad sobre los objetos posibles de conocimiento y susceptibles de la comprensión y el discurso explanatorio.

Lo contrario implicaría postular nuestra propia inexistencia porque no hemos salido en televisión.

8/01/04

Claudio R. Varela

BIBLIOGRAFÍA SUMARIA REFERIDA

1. Simpson, T. *Formas lógicas, realidad y significado*, Bs. As.: Eudeba, 1975

2. Spengler O. *La decadencia de Occidente*, Madrid.: Revista de Occidente, 1923

3. Kerferd, G. B. *The Sophistic Movement*, Cambridge U.P., 1981

4. Gubern R. *La mirada opulenta*, Barcelona: Alianza Editorial, 1983

5. Crouzet G. et alt. *"Roma y su Imperio" en Historia General de las Civilizaciones,*Madrid: Ediciones Destino, 1985

6. Walter Ong, *Oralidad y Escritura, Tecnologías de la palabra.* México, FCE, 1987

7. Asimov, I *Enciclopedia de la Biblia*, tomo I, A.Testamento, Madrid, Ed.Cristiandad, 1989

8. Dogana, F. *Psicopatología del consumo cotidiano*, Madrid, Gedisa, 1991

9. Burke, J. *Conections I*, Londres, B.B.C., 1995

10. Voltaire *El siglo de Luis XIV,* México, FCE, 1998

11. Somerset Maugham E. *The razor's edge*, Londres, 1946

12. Kotler, Ph. *El marketing estratégico*, Buenos Aires, Paidós,1989
Davis, K *Getting into your customer's head*, Time Business, 2001
Wilensky, A *Marketing estratégico*, Buenos Aires, Paidós, 1996

13. Virillo, P. *La máquina de visión*, Cahiers du Cinema, 1992

14. AAVV. *Jules Verne, el revolucionario subterráneo*, Buenos Aires, Paidós, 1968. Lúcido análisis por intelectuales franceses, que no soslaya la fecunda lectura completa de Verne.

15. Ortega y Gasset, J. *La rebelión de las masas*, Madrid. Rev. de Occidente, 1922

16. Jakobson, R. *Lingüística y Poética*, Madrid, Cátedra, 1983 Y sobre todo las obras de Aristóteles y R, Barthes sobre el tema

17. Moyano Llerena, C. *Economía de valores, otro estilo de vida*, Buenos Aires, 1982

18. Varela, C. "El contrato del diseño", Rev.Asterisco, FADU, 1996

19. Barthes, R. "El mensaje fotográfico" *Lo obvio y lo obtuso*, Barcelona, Paidós, 1986.

20. La relación, por ejemplo, de la maldad con la división*, sacer*, como sagrado y maldito, etc. , observada por los estudiosos de los signos medievales, como Fulcanelli *El misterio de las catedrales* o Charpentier, se verifica incluso en el los signos de escritura chinos, o hanzi. Ni contemos lo de las llamadas "malas

palabras". Cfr. Arango, *Las malas palabras*, como cotas posibles del universo lingüístico.

21. Rock, I. *La percepción*, Barcelona, Labor, 1994

22. Dondis,D. *Sintaxis de la Imagen*, Buenos Aires, G.Gili ed, 1989

23. Baxandal, M. *Pintura y vida cotidiana en el Renacimiento*, Buenos Aires, GGili Ed., 1991

24. Merleau Ponty, M. *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1985

25. Hooker, R *Japanese Language © 1996*

26. Gándara, L. *Graffiti*, Buenos Aires, Eudeba, 2002

27. Fromm, E. *La condición humana actual*, Buenos Aires, Paidós, 1977

28. Koestler, A. *El Imperio Jázaro*, Madrid, Omega, 1984